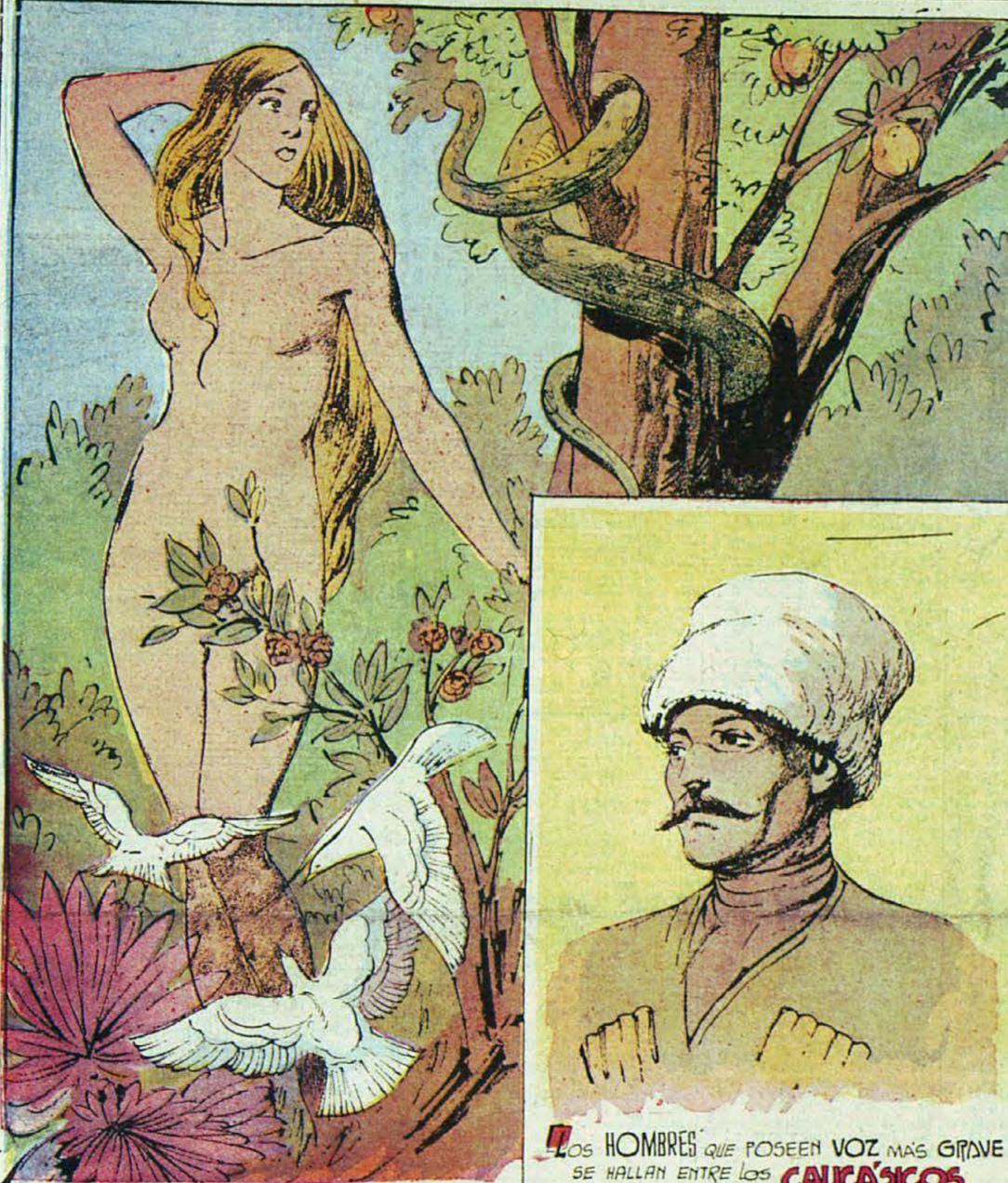
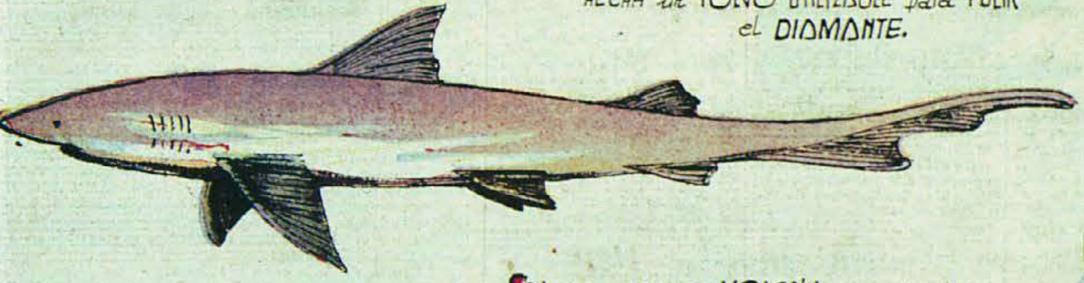


## VISTO Y OIDO ★ ¡Qué Nombre para un Apuro! ★ por PREMIANI



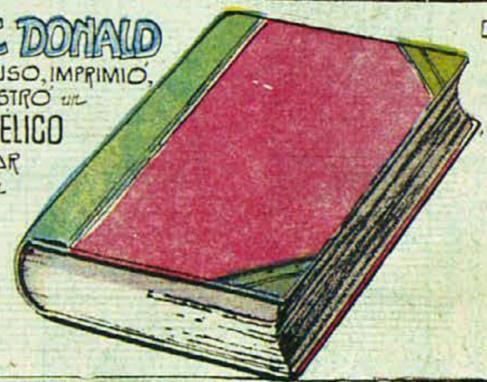
La MANZANA de EVA ERA un DURAZNO  
La BIBLIA NO DICE QUE CLASE de FRUTA  
ERA, PERO el DURAZNO ERA el FRUTO  
SAGRADO de la TRADICION BABILONICA,  
a la QUE PERTENECE la LEYENDA del  
PECADO ORIGINAL.



La PIEL del TIBURON es tan DURA,  
QUE DESPUES de SECAR se MUELE y QUEDA  
HECHA un POLVO UTILIZABLE para PULIR  
el DIAMANTE.

El MAS GRANDE VOLCAN en ACTIVIDAD es  
el MOUNT MOUNTAIN en  
AUSTRALIA.

**EWAN MAC DONALD**  
ESCRIBIO, COMPUSO, IMPRIMIO,  
ENCUADERNO e ILUSTRO un  
**DICCIONARIO GAELICO**  
en un SOLO EJEMPLAR  
QUE SE CONSERVA en  
el MUSEO  
de LONDRES.



Al SER VISITADA POR el PRINCIPE JORGE, la  
ESTACION ESCOCESA **LLANFAIR** OSTENTO  
SU VERDADERO NOMBRE,  
QUE es el  
SIGUIENTE :

**LLANFAIRPWLLGWYNGYLLGOGERYCHWYRNDROBWLLLLANTYSILIOGOGOCH**

# El Mensaje

**P**OCAS veces se ha de trochado tanto ingenio y astucia por parte de los miembros del servicio secreto de las distintas potencias como en la época que precedió a la gran guerra europea.

La intrincada red formada por espías y contraespías de todos los países, constituía una maraña tal, que había que estar en el asunto y poseer gran experiencia y sagacidad para poder dar con el hilo, que desenredado, fuera una clave capaz de llevar al foco mismo de las intrigas.

Como existían tantos y tantos de alianzas entre las distintas naciones europeas, las líneas, puede decirse, estaban naturalmente tendidas y por lo tanto es necesario decir que el servicio secreto británico se las tenía que ver con los agentes al servicio de los imperios centrales.

Puede afirmarse que en los años anteriores a 1914, en medio de una calma aparente se libraban en casi todas las grandes capitales, verdaderas batallas en las que había que desplegar alardes de táctica y en las que no faltaron ni siquiera las consecuencias más desagradables.

Todo esto, que se desarrolló en el secreto más absoluto, en medio de una carencia total de publicidad y conocida por tanto únicamente por los interesados, los que verdaderamente formaban legión.

Sus actividades aparentes no podían ser más inofensivas y bien distintas por cierto de las reales. Amanuenses, banqueros, manicuradas, barrenderos, disimulaban a agentes peligrosos, cuya verdadera situación el espía no corría pareja con la importancia social de su fingida ocupación o empleo.

Su acción se desplegaba especialmente alrededor de los arsenales, ministerios, talleres navales y del ejército, laboratorios químicos del Estado, altos comandos, etc.

En Londres, por su importancia indudable como cabeza del Imperio Británico, se habían congregado verdaderos ejércitos de espías extranjeros y de los más calificados del mundo.

El servicio de contraespionaje inglés no quedó sin dudar a la zaga y era difícil que ninguno de los numerosos agentes enviados del exterior llegaran al país, sin que su arribo fuera previamente conocido.

Una vez identificado y de acuerdo a su categoría, era sometido a una vigilancia que ellos mismos no desconocían pero que trataban de burlar.

Sus tareas comprendían diversas facetas distintas; la obtención del informe, el primer lugar y su envío a la respectiva cancillería.

Para la segunda, se valían de claves complicadas, criptografía, tintas invisibles, y en fin, de cuanto medio, a veces hasta inesperado, se podía a su alcance.

La labor de los encargados de anular estas actividades se dirigía, por lo tanto, a evitar que se obtuvieran datos o errores y dadas apariencias de verdaderos y por último, a malograr la comunicación del agente con su superior, en caso de haberse fracasado en la tarea de mantener secreta una información de importancia.

Entre los medios de represión debía descartarse, casi en absoluto, la violencia, para evitar reclamaciones diplomáticas, y en caso de recurrirse a ella, rara vez dejaron de revestir el aspecto de simples accidentes.

El señor Hans Steiner, era gerente de la sucursal en Londres del Norddeutscher und Frankfurter Bank. Poseía lo que los franceses denominan "le physique du roi". Era obeso y rubicundo, vestía con la corrección adecuada a su cargo, metódico en sus costumbres y nada podía reprochársele en sus actividades dentro del mundo de la banca. La sonrisa con que atendía a sus clientes no podía parecer más natural y su monóculo integraba sus facciones y completaba su personalidad tanto como su blanco chaleco eternamente impecable.

Para quien no estuviera al tanto de sus verdaderas actividades, pareciera imposible que su imponente físico y su amabilidad jamás desmentida, fueran la máscara que velaba la personalidad terrible de uno de los más peligrosos personajes del mundo secreto del espionaje.

Sus labores aparentes hacían perfectamente naturales sus entrevistas secretas con muchos de sus connacionales, algunos de ellos verdaderos clientes del Banco y otros colegas del Servicio, los que para justificar sus visitas no sólo tenían cuentas corrientes en la institución sino que algunos de ellos eran apremiados por el pago de alguna letra girada y concurrían al despacho del gerente con aire humilde para solicitarle una prórroga, o furiosos por la falta de consideración para con sus compatriotas en desgracia.

Una vez en la gerencia, desaparecían estos estados de ánimo aparentes y la confidencia o la información pasaban del falso cliente en desgracia al impecable gerente, quien no tardaba en transmitirla a su cancillería.

Su misión no era obtener datos de su propia fuente sino los obtenidos por los demás agentes. Naturalmente que debió trascurrir algún tiempo antes de que el servicio secreto británico llegara a descubrir cuál era la verdadera función que desempeñaba dentro de la organización. Se llegó a sospechar de sus verdaderas actividades más que por su conducta por la personalidad

de algunos de sus clientes, que fueron reconocidos como agentes del servicio exterior.

Su vida y sus costumbres fueron vigiladas y no daba un paso que no fuera cuidadosamente observado por alguno de los agentes ingleses y jamás dió motivo a sospechas por sus propias actividades.

Como algún papel, pareciera evidente, debía desempeñar en la organización, aquél no podía ser sino agente de contacto o encargado de la transmisión de las informaciones obtenidas por los demás.

Que era agente de contacto, ello ni se discutía, pero el otro aspecto de su misión puso a prueba la astucia y la astucia de los peritos en descubrir claves o sistemas secretos de comunicación.

Una vez sospechado, ni una de las cartas que se desechaban desde la sucursal al Banco central y viceversa, dejó de ser cuidadosamente revisada y reenviada sin que pudiera encontrarse rastro de la inspección.

Para evitar la inspección, se procedía a fotografiar los documentos contenidos dentro de los sobres, los originales, una vez sometidos a pruebas para descubrir la probable existencia de escritura con tinta simpática, eran enviados a su destino.

Los textos fotográficos eran objeto del más severo estudio por peritos especializados en criptografía, claves numéricas y de cualquier clase, cribas, etc. y no fué posible en ningún caso hallar trazas de escritura que no fueran del texto visible del documento.

Después de algún tiempo se entró a sospechar que tal vez no fuera la correspondencia oficial del Banco ni la particular del gerente, la que se utilizaba para la transmisión de los mensajes, y ello dió lugar a que fuera sometida a igual revisión la de los empleados del establecimiento.

Los técnicos del laboratorio y los peritos de la oficina de traducciones e investigaciones, tuvieron que constatar que en el caso probable de que se enviaran mensajes en la correspondencia inspeccionada, sus medios de investigación eran insuficientes para descubrirlos o descifrarlos.

Mientras tanto, los agentes ingleses destacados en el continente, comprobaban que nunca fué tan eficaz y regular la comunicación que regulaba la correspondencia de la Gran Bretaña como desde el momento en que Herr Steiner empezó a desempeñar el cargo de gerente de la sucursal londinense del Norddeutscher und Frankfurter Bank.

A su vez, el tráfico de noticias secretas provenientes del continente, que recibían los agentes extranjeros en Londres, se comprobó que se realizaba en forma perfecta.

Un dato de enorme importancia pudo al fin descubrirse, que fué un débil rayo de luz en las profundas tinieblas que envolvían todo el asunto.

Llegó a comprobarse que la llegada de noticias y sus correspondientes repercusiones en las actividades en que Otto Schmidt — el soñoliento ordenanza del Banco — enviaba largas y enterrecorridas cartas a su anciana y querida madre, quien residía en una pequeña localidad prusiana.

Identica actividad se notaba en los agentes extranjeros en



que aceptó después de someterlos al más profundo de los análisis.

El hecho de que a raíz de la recepción de una carta familiar por parte del ordenanza del Banco se produjera un nuevo rumbo en las actividades de los agentes extranjeros, podía ser una casualidad. Pero si ese fenómeno se repetía siempre con iguales consecuencias, ya ello daba lugar a establecer una relación de causa a efecto entre ambos acontecimientos que bien podía sustentarse sólidamente una teoría.

Así pues, aceptó como válida la suposición de que la correspondencia del ordenanza era el vehículo de comunicación utilizado por los agentes del servicio extranjero.

Aceptada la primera premisa, se trataba de hallar la clave de que se valían los informantes para transmitir sus mensajes con tanta astucia.

La mayor parte de las cartas iban certificadas, lo que hacía imposible, a menos de despertar las sospechas del enemigo, retenerlas por un plazo demasiado largo a fin de ser sometidas a un análisis exhaustivo.

Prescindiendo de los servicios de los expertos, que confesaban la imposibilidad de descubrir cosa alguna en dicha correspondencia, decidí aplicar sus propios métodos: la lógica, la verdadera lógica.

Durante varios días pensé fuerte en el problema, sin disponer de más elementos de juicio que los conocidos, y cuando llegaba al agotamiento material, distraía su ánimo con temas y personas ajenas por completo al

asunto que lo preocupaba y dejaba así trabajar en libertad a su yo subconsciente.

Un día cuando conversaba con un amigo que ejercía un cargo técnico en una empresa de radio comunicaciones, traté de indagar en el tema que aquí desarrollaba y que era relativo a la obtención del secreto necesario en las comunicaciones inalámbricas.

Debemos tratar de conseguir que esta clase de comunicaciones — sostenía el ingeniero — sean tan inaccesibles a la curiosidad ajena como lo es la correspondencia bajo sobre... Es necesario descubrir el "sobre" inalámbrico.

Su interlocutor, al escuchar esta opinión, dejó escapar una exclamación entrecortada de satisfacción que el ingeniero interpretó erróneamente como de aprobación de su teoría.

Nada más equivocado, sin embargo, que tal interpretación.

En ese momento, la verdad, toda la verdad se le representó y el asunto que lo preocupaba dejó casi por completo de interesarlo. Sólo necesitaba la comprobación de lo que consideraba la única explicación posible. Llegado a la oficina, tomó

uno de los mensajes y después de algunos manipulados a lo que sometió, fué a entrevistarse con su jefe, no pudiendo ocultar una sonrisa de satisfacción que hacía algún tiempo estaba ausente de su rostro.

Acabo de descifrar el misterio que rodeaba al asunto de los mensajes secretos enviados por Otto Schmidt a su correspondiente. ¿Quiere Vd. decir...? — vaciló el jefe.

—Que acabo de leer el primero de los mensajes que se ha podido interpretar.

—Pero... ¿qué fórmula química ha aplicado usted?

—La única fórmula que he aplicado es una fórmula lógica. A fin de no perder un tiempo que estimo precioso le explicaré en breves palabras cuál ha sido el método empleado.

A continuación, lo puso al corriente de los pormenores de la conversación sostenida con el ingeniero.

—Y bien — respondió el superior — ¿no querrá usted hacerme creer que la frase final pronunciada por su amigo encierra la fórmula que solucionó el problema?

—Sin embargo, así es. — Fué la respuesta del coronel.

—Según eso, el mensaje iba escrito en el sobre... le anticipo que los sobres de todas las cartas sospechosas han sido sometidos a procedimientos tendientes a descubrir escrituras secretas y nada de anormal se ha hallado en ellos.

—No obstante eso, acabo de leer el primer mensaje. Una de las reparticiones públicas de las que con justo motivo se enorgullece la Nación, ha concedido involuntariamente el salvoconducto a los mensajes perseguidos.

—Según eso...

—Los mensajes estaban ocultos tras las estampillas postales. Al levantar ésta sólo hallé el papel ligeramente engomado, pero sometido a un leve recalentamiento, apareció la escritura que aquí ve, exclamé entregando un sobre al jefe.

La sorpresa de su interlocutor corría pareja con la alegría que el triunfo le proporcionó. Emocionado, dió un fuerte apretón de manos al coronel, dando a este sencillo acto la valoración de un rito que tradujera su profunda admiración.

—Pero... ¿cómo diablitos pudo ocurrírsele mirar debajo de la estampilla? — exclamó al fin.

—Cuando mi amigo, el ingeniero, me habló de los sobres y de la necesidad de evitar la curiosidad ajena, se me ocurrió la solución. Mi razonamiento fué este: ¿Cómo ocultar el contenido de una carta? Resguardándola dentro de un sobre, ¿cómo ocultar en parte ese sobre? Resguardándolo dentro de la estampilla. El sistema es sencillo y sutil, pues la cosa más natural del mundo es hallar un sobre con la estampilla correspondiente. Sin embargo, si el sobre oculta el secreto de la carta, la estampilla puede ocultar el secreto del sobre. Nada más que desapercebir una carta que la estampilla postal, pues tiene los requisitos indispensables para ser psicológicamente invisible: es habitual y monótona... Sobre todo, es, como el caso actual, carece de valor filatélico.

—Aunque en general — terminó Brackembury — no se reconoce en los individuos de la raza germánica verdadero sentido del "humour" a la manera inglesa y meaos aun se les atribuye ese "esprit" tan alabado en los franceses, hay que reconocer que, al menos esta vez, han añadido a la astucia un efecto de verdadera y sana ironía: la propia "figura" de Su Majestad Británica protegiendo los mensajes transmitidos por los enemigos del Imperio.



# NOCHE DE SANGRE

Porque todos sus días son dolores y sus ocupaciones molestias, más de noche su corazón su reposa.

**ECLESIÁSTAS**  
En los dominios de la Fantasia. Claro de luna. La sombra de las nubes ronda por la negra montaña, como un rebano de seros monstruosos. El viento agita los penachos de las hogueras y los penachos de árboles espectrales. Canta un pájaro negro, Matas de brezo y de carrascas, en las cumbres de ingentes peñascos. El poeta y el filósofo — dos hombres rebeldes y astrosos — vienen de muy lejos. El poeta apoya una mano blanca en el hombro del filósofo. El ladrón de los canes y el ulular del aire, muerden la noche.

**EL POETA**  
Tú compañía me consuela como el mar.

**EL FILÓSOFO**  
Estoy borracho por mis fracasos.

**EL POETA**  
Ríe, amigo. Sé feliz, como yo, que nada ambiciono.

**EL FILÓSOFO**  
Si, porque duermes mucho, como los malos poetas... Dormir es olvidar.

**EL POETA**  
Este paraje infunde respeto. Hoy he salido de casa para no sentir miedo. No lo cuentes a nadie... Se reirán los poetas de la nueva sensibilidad. Todas las noches, al filo de las doce, siento alabanzos en mi puerta. Bajo a abrir... nadie.

**EL FILÓSOFO**  
Pero si tú no tienes casa.

**EL POETA**  
Hombre, si, me había olvidado! Pero un día la tuve... y familia... y tuve también una novia.

**EL FILÓSOFO**  
¿De qué te han valido tus versos?

**EL POETA**  
Con ellos pude reunir una fortuna de sueños. Los horizontes de mi vida son cada vez más azules.

**EL FILÓSOFO**  
La vida activa, enérgica, es la única que merece vivirse.

**EL POETA**  
En todo lo que vive y lo que siente, está la vida. Creo que no escarimo muy seguros del sitio que recorremos.

**EL FILÓSOFO**  
Nunca tenemos la seguridad del camino a seguir. Cuando creemos ir por el más recto y fácil, vemos que hay atajos, senderuelos, que nos hacen cambiar el rumbo.

**EL POETA**  
Sueños... recuerdos... anhelos...

**EL FILÓSOFO**  
Entusiasmos muertos... reflexiones de lo inconsciente...

**EL POETA**  
En verdad que hoy te ha dado por filosofar; aunque nunca dejas el pasto de tus ideas.

**EL FILÓSOFO**  
Esta noche habría más novias abandonadas y más destilaciones.

**EL POETA**  
Cuando suenan las doce, los bebedores de sangre infantil, pasarán finetes en su palo de escoba, para ir a adorar al Murgiflago Satán. Todo habla, todo canta. Escuchad. Yo creo en las voces secretas. Escuchad: Sueños... recuerdos... anhelos...

**EL FILÓSOFO**  
Se esfuman el poeta y el filósofo, a lo largo del sendero. Desaparecen bajo los pinares.

**EL RIO**  
Antes era bella la montaña y eran bellos el cielo y el bosque, porque yo lo decía. La noche todo lo trastorna.

**LA NOCHE**  
Calla, río. No hables más que hablar...

**EL SAPO**  
Déjame con mi nota melancólica.

**LA MONTAÑA**  
¿Quién trae ese viento de muerte y de sombría desolación? Me nacen plantas extrañas y regiones de sombra.

**EL BOSQUE**  
¿El viento! ¿Que me roba la sangre de los vegetales! ¿Que me roba los pájaros! El cielo es de sangre, y oigo voces de seres sobrenaturales. Los machos carbos vienen saltando, de piedra en piedra. No pueden con ellos los pastores ni los canes blancos.

**EL RIO**  
Es que están dando la s doce. Siento en el agua las campanadas.

**UNA ZAGALA**  
La bruja me dió mal ojo de ojo y bebidoz. Tiene en su casa montones de culeros monstruosos.

**UN LABRANTIN**  
No seas enemiga, con tu hermana. Mira que no somos más que un poco de carne con un soplo de vida.

**UNA ZAGALA**  
Pero tenemos la facultad de pensar. ¡Ay, que tenía un anillo de boda y esta noche lo perdí! ¿Tú, quién eres?

**UN LABRANTIN**  
Yo soy mozo, por eso me llaman amor. ¡Avergüenzate, avergüenzate, amiga! La vida es corta, ama, ahora que tienes tiempo. El destino siempre es un enigma. Vente conmigo, que tu alma es un torbellino. Si todo es sueño y humo, vivamos el instante presente, antes que nuestros cuerpos sean putrefacción.

POR ALEJANDRO de ISUSI  
ILUSTRACION de PASCUAL GÜIDA



Londres, los días en que el rostro del dolorido ordenanza se iluminaba un poco con las noticias reconfortantes que recibía de la anciana autora de sus días. Estas coincidencias hicieron recaer toda la atención del servicio secreto sobre la angelical correspondencia familiar del subalterno empleado del Banco.

Los temas tratados en estas cartas, no eran sino estrictamente familiares; apuranzas del hijo, frases cariñosas de la madre, noticias sobre el estado de las gallinas, inquietudes por la salud precaria de la vaca, temas en fin, que no podían ser más opuestos a lo que se preveía que debían contener las cartas sospechadas.

En este estado de cosas, fué designado para dirigir la investigación del asunto, el coronel C. H. Brackembury, quien se había destacado al frente del servicio secreto en la India Británica.

No era por ciento perito en descifrar claves ni escrituras secretas e ignoraba por completo la química aplicada a esta clase de investigaciones.

Después de estudiar los pormenores del asunto, dejando de lado todo lo inadmisiblemente aceptando lo posible únicamente, llegó a ciertas conclusiones lógicas

asunto que lo preocupaba y dejaba así trabajar en libertad a su yo subconsciente.

Un día cuando conversaba con un amigo que ejercía un cargo técnico en una empresa de radio comunicaciones, traté de indagar en el tema que aquí desarrollaba y que era relativo a la obtención del secreto necesario en las comunicaciones inalámbricas.

Debemos tratar de conseguir que esta clase de comunicaciones — sostenía el ingeniero — sean tan inaccesibles a la curiosidad ajena como lo es la correspondencia bajo sobre... Es necesario descubrir el "sobre" inalámbrico.

Su interlocutor, al escuchar esta opinión, dejó escapar una exclamación entrecortada de satisfacción que el ingeniero interpretó erróneamente como de aprobación de su teoría.

Nada más equivocado, sin embargo, que tal interpretación.

En ese momento, la verdad, toda la verdad se le representó y el asunto que lo preocupaba dejó casi por completo de interesarlo. Sólo necesitaba la comprobación de lo que consideraba la única explicación posible. Llegado a la oficina, tomó

**¡Sola!**  
Hospital Muñiz. Día de visita. Visitantes de familia y relaciones. He ido a ver a un viejo amigo, a quien lo están agotando los bacilos de Koch. Su fin, es cuestión de semanas; de días; de horas...  
Salgo de allí, impresionado de ver tantos enfermos de pulmones averiados con ansias de vivir... Algunos parecen que no lo estuvieran, pues sus semblantes afebrados dan la impresión de salud.  
El sol declina. Ese sol con que tanto han gozado los enfermos en los corredores de los pabellones, recostados en sus tarimas...  
Cruzo los jardines contemplando la arboleda que está rejuveneciendo en sus yemas en gesta. Se arvecha la Primavera con cortejo de flores. He pensado que muchas vidas de allí la esperan, pero será tarde...  
Al salir, ya en la calle, me detengo pensativo frente al portón, esperando un ómnibus que me lleve al centro.  
De pronto, un llanto profundo llega a mis oídos, sacándome del abramiento en que estaba. Es una viejecita, ya encorvada por los años. Lleva una canasta. Ha salido del hospital y, cruzando por la calle, atraviesa un solar con paso lento, como sin rumbo, escuchándose, a la distancia, aquel llanto doloroso.  
Indago informes al portero indiferente, y me dice que es una madre viuda, que al venir a ver a su único hijo, ha recibido la noticia de su muerte. Mejor dicho, la ha presentado, al decirle que lo han llevado a otro lado, muy grave...  
¡Pobre madre! Venia tan contenta con su canastita de golosinas.  
Me angustia el pensar en los sufrimientos de aquella viejecita que quizás hubiera dado su vida por salvar la de su hijo. ¡Sarcasmo de la vida! En plena juventud, se va... Ella, ya en su ocaso, se queda sola, solita.  
Subo al ómnibus. Me ubico del lado de la ventanilla, y al alcanzar a la viejecita el coche, siento nuevamente su llanto hondo, llenándome de angustia el alma.

**¡Borracho!**  
Calle céntrica. En la esquina, almacén y despacho de bebidas. En un rincón, sentado junto a una mesa, frente a una copa, un hombre está en honda meditación.  
De cuando en cuando, atisba a través de los cristales de la ventana, para la calle, como deseando ver a alguien a quien espera. De pronto, se para y se dirige hacia la puerta que da al despacho de comestibles.  
Por la esquina, ha entrado una muchacha con dos criaturas. Estas, al ver al hombre, exclaman:  
—¡Papito!  
—¡Pocholo! ¡Porota! — dice el hombre, besándolas.  
La muchacha que las acompaña, alza del mostrador lo que ha pedido, diciendo:  
—¡Vamos, chicos! — y dirigiéndose al hombre que en ese momento pide caramelos para las criaturas, le increpa:  
—La señora no quiere que usted converse con ellos.  
—Dígame a la señora, que yo no quiero otra cosa, y sin embargo...  
La sirvienta tironea a los chicos para llevárselos, pero ellos se aferran por permanecer con el padre. Ella se va malhumorada, previendo un reto de su patrona.  
El padre los lleva al rincón donde estaba, sentándolos en sus rodillas. Su apenado semblante, ha cambiado de expresión, irradiando felicidad.  
Al rato, aparece ante él una mujer que lo mira despreciativamente, dejando entrever un carácter irascible.  
Los chicos al verla, imploran:  
—¡Yo me quedo con papito! — dice Pocholo.  
—¡Yo no voy, agüé! — replica Porota.  
—¡Como que no! ¡No faltaba más dejarlos con ese borracho! — dice la abuela, levándose de los chicos a los trones, que lloran forcejean por desprenderse de las garras, gritando:  
—¡Yo me quiero quedar con papito!  
El hombre se va a su rincón, murmurando entre sí:  
—¡Borracho... y ésta es la única copa que he tomado!  
Su semblante, vuelve a cubrirse de sombras, y llamando al mozo, exclama:  
—¡Deme una ginebra!

**¡Sin Pan!**  
Tarde de sol. La plaza es una algarabía de niños que juegan. A mi lado, en el banco, se ha sentado un hombre de aspecto humilde, al parecer rendido de andar por esas calles. En su semblante hay huellas de sufrimientos. Hemos cambiado algunas palabras acerca del tiempo. Luego, silencio prolongado, en que el hombre pareciera dejar vagar su pensamiento, mientras queda con la vista fija en algo que no mira.  
—Saco cigarrillos y lo invito.  
—¿Desea fumar?  
—E... bueno. Vamo a fumar.  
Echa un buen bocanada, y me dice:  
—Molto caminare y niente de trabaco. ¡Porca América!  
—No es solamente aquí; en Europa es mucho más la desocupación — le contesto consoladoramente.  
—Cuelo e vero. Sono salido de la mia casa in Liniers, cuesta matina. Tute le matina facho lo teso, e ¡nientel, non poso trovare trabaco.  
—¿Qué oficio tiene?  
—Albafille. Ma io trabacaria di cualquier cosa.  
—¿Tiene familia?  
—Mia moglie e chincue ragazzi. Se non fosse per il lichero, paisano nostro, non potevamo anque manyar.  
Le ofrezco un par de monedas de mi exhausto bolsillo, pero el hombre se siente humillado, y no quiere tomarlas. Insisto en que las tome, diciéndole:  
—Aunque sea para el tranvia.  
—Gracie tante — me dice tomándolas, y se levanta del banco saludándome.  
Lo veo perderse calle arriba, pensando en la tragedia de aquel hogar proletario donde espera una mujer resignada y en donde quizás falta hasta ese pedazo de pan que suele verse por las mañanas en los tachos de basuras.

**¡Muerto!**  
Barrio de suburbio. Amanece. En la calle se sienten los primeros ruidos. Omnibus y tranvías que han de llevar obreros a las fábricas.  
En la pieza de un conventillo obrero un hombre como de cuarenta y cinco años, preparando los enseres para tomar mate, mientras se calienta el agua en un calentador. Es día de quincena y está contento. (Para qué? Si el panadero, almacenero y carbonero se lo han de llevar todo. No obstante se pasea por la habitación, y a veces hasta silba, olvidándose que hay allí seres que duermen aun.  
La mujer desde la cama le increpa:  
—¡Pero José, no silbes que va a despertar a los chicos!  
—¡Disculpa! no me daba cuenta. — le responde el esposo, a la vez que empieza a cebarse unos mates.  
Poco después, besa a los chicos, y dándole una palmadita en las mejillas a su compañera, dice:  
—¡Hasta luego, vieja!  
—¡Hasta luego; no vengás tarde. — le responde ella.  
Cierra la puerta y sale del conventillo a la calle, donde a pocas cuadras toma un tranvia repleto de obreros.

Unas horas antes de mediodía, un agente de policía golpea la puerta del conventillo, preguntando por la esposa del obrero José Giménez.  
La encargada le señala una mujer que está lavando frente a su pieza. El agente, ante la curiosidad de los vecinos, se dirige hacia ella algo vacilante por la triste misión que lleva. Ella, secándose las manos, indaga sorprendida:  
—¿Qué ha pasado?  
—Su esposo, señora, ha sido víctima de un accidente de tráfico, esta mañana al bajar del tranvia.  
—¿Está herido?  
—Sí. Muy grave, en el hospital...  
La mujer, que ha comprendido en las vacilantes palabras del agente la terrible verdad, cae desmayada.  
Los chicos, intuyendo una desgracia, se agarran de la madre, exclamando entre sollozos:  
—¡Mamá! ¡Mamita!

POR CARLOS PEREZ RUIZ  
ILUSTRACION DE SORAZABAL



**E**L pequeño y humilde departamento de Emilio Rozas estaba convertido en una completa algarabía. Juanito, Evaristo y Sarita, de 6, 5 y 3 años de edad sólo dejaban oír sus gritos y los sonidos graves que producían al golpear con unos palillos en el cuerpo de un tambor estúpido y semiciego. De pronto un anciano pálido y demacrado salió de una de las habitaciones. Alto y delgado, como de setenta años, cubierta su plateada cabellera con una gorra de color azul y de estilo vasco, apoyado a un bastón, caminaba con mucha dificultad; al verlo los niños comenzaron a rogar: ¡Abuelito, un cuento!... ¡Abuelito, un cuento!... Mientras que el mayorcito le alcanzaba una silla para que el viejo se desahogara; éste así el niño y un instante después los tres pequeños escuchaban absortos las frases temblorosas que pronunciaba el abuelito hilvanando en sus cerebros fantásticos y felices pasajes del ansiado cuento.

Su hijo Emilio, con quien estaba ahora después de peregrinar por los hogares de los otros hijos, recién llegaba del empleo. Penetró en la cocina y se encontró con su esposa que estaba haciendo los preparativos para el almuerzo.

—¿Qué te sucede, Rosa? ¿Estás enfadada?... interogó al ver que no le respondía al saludo.

—¿Cómo para no estarlo?... respondió ésta en tono airado, hemos perdido un inquilino para la pieza por culpa de tu padre; es necesario que lo mandes nuevamente a lo de tus hermanos o tal vez a un asilo, el reuma lo está poniendo demasiado fastidioso. ¡Claro! te han tomado por sonso para que tengamos que mantenerlo. Emilio bajó la cabeza y escuchó una vez más el torrente de reproches de su esposa.

—¡Canalla!... gritó; yo iré a conversar con mis hermanos para que te paguen la pieza y nosotros la comida. ¿Estás conforme?...  
—Dijo más tarde un pequeño consejo de familia deliberaba, convocado por Emilio. Mientras éste mandaba a su padre con los chicos a un cine del barrio, los tres hermanos con sus esposas y una hermana recién casada estaban en torno de la pequeña mesa del comedor.

Es necesario, dijo Emilio, que tomemos una resolución para mantener a papá, entre los cuatro bien lo podríamos hacer, total un pequeño sacrificio, nada más que debajar el presupuesto de lo que gastamos en cigarrillos, el reumatismo lo va liando con rapidez con la proximidad del invierno. Mas nadie contestó, los tres hermanos miraron a sus compañeras como si esperasen una orden para tomar resoluciones. Emilio volvió a tomar la palabra: Yo solo no puedo hacerlo; con la ayuda de ustedes me comprometo a mantenerlo siempre.

—Yo no puedo darte ni un centavo, dijo uno, tú sabes que los gastos son muchos y el sueldo no es muy importante, además, es necesario anorrar unos centavos para cuando seamos viejos.

—Yo de buena gana lo mantendría, añadió otro, pero tengo que pagar la mensualidad de un terreno que compré y el empleo que tengo me obliga a aparentar una posición más o menos decente para que me ascenden en la oficina, lo único que puedo hacer es pedir una recomendación para el asilo de ancianos.

Por último habló la hermana menor: —Lo único que propongo es que pase una temporada más aquí y cuando mi marido encuentre trabajo lo mantendremos nosotros.

—Siempre lo mismo... —replicó la señora de Emilio. Siempre las mismas promesas y los que se embroman sonnos nosotros, pasando privaciones por culpa de él...

Así debatieron por espacio de una hora, haciéndose cada vez más violenta la discusión, por último acordaron enviarlo a un asilo.

# La Última Lección

—Me quedé sin trabajo, murmuró Emilio. Don José nada respondió porque no dudaba de la veracidad de las palabras de su hijo, pasado un rato replicó el anciano: —Entonces yo debo irme, tu esposa ya encontró inquilino para esta alcoba.

Emilio salió de su aparente letargo y repuso: —Hemos decidido llevarlo a un sanatorio; allí te repondrás pronto y mientras tanto yo encontraré nuevamente trabajo y volveré a tenerle siempre conmigo.

—¿Está bien?... ¿Cuándo debo irme?... inquirió el anciano.

—Pasado mañana si tú quieres, papá...  
Don José quedó solo; la intuición, aquel sentido adicional cultivado con una experiencia observadora a través de los años, le había vaticinado esas frases que sólo servían para hacer aun más la llaga que te-

nia en su pecho y que era el producto de su desdicha. ¡Pasado mañana!... murmuraba lentamente; mientras que al sentir su corazón oprimido, las lágrimas fortuitas rodaban rápidamente por sus mejillas por temor a delatar su amargura.

El bullicio que dejaba revelar la alegría de los niños que jugaban, penetraba por sus tímpanos, produciéndole una nostalgia tan íntima que lo confundía porque ellos reían y jugaban alegres, y triste por tener que separarse de aquellos que constituían toda la ilusión de su vivir. Volviendo la mente a su pasado, tropezaba con los muchos recuerdos queridos ya ahogados, junto a su señora, haciendo sacrificios para criar a los que hoy eran sus propios verdugos. Luego cuando su buena compañía lo abandonase para siempre. ¡Solo!... robándole horas al sueño para así prepararle el desayuno y mandarlo a la escuela y en las noches de invierno levantándose de la cama para taparlos bien con las pocas cobijas que tenía o sino implorando humildemente a las familiares pudientes ropitas usadas para abrigo, fumando tabaco del más ordinario para que no faltara un trozo de pan a esas bocas que a costa de sus sacrificios no habían sentido aun ese terrible flagelo que dejaba huellas malditas de esa palabra terrible llamada ¡Hambre! Así hasta que cada cual fue ganándose la vida con su tra-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

bajo; luego de casados los ayudaba a mantener a sus hogares y ahora que esperaba ver recompensadas sus horas amargas con la inefable dulzura de un hogar, éstos se lo negaban. El solo había podido luchar por ellos y ahora ellos no eran capaces de luchar por él.

Antes que Don José lo hubiese deseado, llegó el día señalado para ingresar en el sanatorio, que sus hijos le señalaban, con bellos jardines y con múltiples atenciones, pero que él no ignoraba que era un asilo para inválidos donde faltaba todo calor moral y eran atendidos por lástima.

Hacia frío, el día nublado y el viento impregnado de cierta neblina húmeda que penetraba hasta los huesos. La despedida con los pequeños había empezado con toda simplicidad, pero al notar éstos que Don José los abrazaba mojóndolos, las mejillas, fué el suficiente entre paréntesis a esos inocentes, como si objetasen a la voz divina de la naturaleza, que valiéndose de esas almas puras e inmaculadas quisiera inspirar en el espíritu de sus propios padres, un reproche de inhumanidad de lo que hacían con el buen abuelo. Pero éstos, dejando a un lado sus sentimientos, observaban impasibles la escena conmovedora que el anciano ofrecía.

—¡Abuelito, no te vayas, no lo-res!... balbuceaba entre sollozos el mayorcito, fuertemente abrazado a Don José. Los más pequeños, asidos de las manos del viejo, también lloraban. Inevitablemente, confundido por la emoción, una mentira para conformarlos y así, sintiendo la atroz angustia de abandonarlos, se alejó de los que simbolizaban un mundo de ternuras para él, que sentía los agujeros del dolor y la ingratitude que carecían su vida.

Padre e hijo comenzaron a caminar cuadradas y a través de calles alejadas de gente; luego de un rato de andar llegaron frente a la estación. Emilio rompió el silencio algo azorado de proceder de esa manera con su padre:

—¿Quieres sentarte, papá?...  
—Sí hijo, estoy muy fatigado.

Ambos se sentaron en un banco de una plaza, de pronto, Don José extrajo de su maleta un martillo y un clavo y empezó a clavarlo en el banco de madera. Al verlo, Emilio lo miró asustado.

—¿Papá, tú estás loco, te van a llevar preso!...  
El anciano continuaba golpeando sin decir una palabra.

—Pero, papá! ¿Qué significa esto?...  
—Hijo mío, esto significa la última lección que te quiero dar! Oye bien, Emilio, y comencé a hablar lentamente a causa de la fatiga: —Cuando tus hijos te traigan en la misma forma que hoy tú me traes a mí, no olvides de poner en tu maleta una tenaza y así mientras descansas como yo descanso ahora, quita este clavo. Así será menos doloroso el ver los sacrificios que tú haces por tus hijos recompensados con la ingratitude, porque tú también llegarás a viejo y a no servir para nada como yo ahora y cuando te sientas solo, muy solo, hijo mío... Calló y sus ojos enrojecieron. Dos lágrimas resbalaban lentamente.

Emilio olvidó todos los reproches que le hacían en su casa y en ese momento también sintió deseos de llorar, dejando oír dos frases entrecortadas por el llanto, abrazó a su padre.

—Perdón, papá... ¡Perdón!...  
Lo tomó casi en brazos y lo introdujo en un automóvil, minutos después penetraba en su departamento, arrastrando a Don José.

—¡Abuelito! ¡Abuelito!, gritaban al verlo, los niños, ajenos al drama.

Algunos instantes después un médico daba una respuesta negativa a una pregunta que Emilio le hiciera.

Y así el anciano, rodeado de sus nietecitos adolorados, introduciéndolos sus escudados dedos en los bucles de la más pequeña, alababa su alma hacia el infinito, transfiriendo en su rostro la nueva terrible de la muerte en una leve sonrisa de agradecimiento.

Mientras, como un reproche, contaba Emilio a sus hermanos lo sucedido y éstos bajaban, arrepietidos, sus cabezas.

Era la última lección del padre que había sabido serlo para esos hijos que no habían sabido serlo para ese padre. Era la última lección que Don José les había dado a sus hijos... la última lección.

POR  
**MANUEL CASTIÑEIRAS**  
ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS



**A** HORAS que está de moda hablar de jazz negro, ahora que cualquier jovenito se cree con derecho a maltratar un Blues tarareándolo con cara de ternerito degollado, ahora que se admira a los Mills Brothers y a los Calloway no por lo que hay de emotivo y profundo en sus cantos, sino por su habilidad para imitar instrumentos o retorcerse decorativamente, creo que es el momento de hablar del verdadero jazz, del jazz que nació cuando el primer esclavo negro pisó América, de ese jazz que no se escuchaba en las grabaciones de Bing Crosby y de Rudy Vallée.

El jazz es el producto de una raza despreciada y perseguida que sin ninguna posibilidad de defensa física, tiene que contentarse con auillar su dolor en agotadas canciones que sus impudicos auditores oyen sin comprender, en cualquier cabaret de Harlem.

La letra no es más que un pretexto para dar salida a su desesperación, contenida tanto tiempo. Para la negra que canta el "Padre de los Blues", no es lo más importante que su nombre se haya ido con "esa mujer que vino de St. Louis con sus anillos de diamantes". Lo más terrible es el dolor y la tristeza espantosa del momento, y que tal vez ella misma no sabe explicar, porque la tiene en el cuerpo, porque antes de ella hay muchas generaciones de esclavos y porque su sangre le viene de un antepasado que en los tiempos de Abraham Lincoln se escapó de las plantaciones y fué perseguido y destruido por los perros. Por eso las canciones blancas, que siempre se refieren a una emoción circunstancial, a cualquier contra-tiempo pasajero y a veces falso, no podrán tener nunca la profundidad de emoción de los Blues negros, esa sentida tristeza que hay en "St. Louis Blues" y la desolada desesperación de "Mood Indigo".

El mejor argumento que emplean los detractores del jazz es considerarlo como un símbolo del modernismo vertiginoso, como un capricho escandaloso de la moda, que no ha de perdurar — y no saben esos incondicionales esclavos de Verdi y fanáticos furiosos del "bel canto" que en 1850 ya existían los banjos y las atormentadas quejas de los blues y la locura frenética de los rags. Y que bajo la luna suave de Carolina y en los campos de algodón y a orillas de los ríos perezosos del Sur, los negros cantaban canciones como "Poor Old Slave", "Massas in the cold, cold ground" o como esta otra tan antigua que ha perdido su nombre, pero no la amargura ingenua de sus versos:

—Yo dije a mi patrón que tenía frío en los pies.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

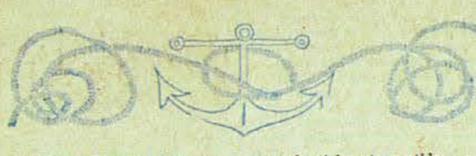
—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

# Blues de 1850



—Dios condene tus pies, empuja la rueda del carro.  
—Patrón, patrón, el viejo Ben no puede tirar más.  
—Dios te condene, ponte el arnés al bucy.  
—Patrón, patrón, el camino está resbaladizo.  
—Sigue tirando, negro, hasta que el sol se acueste.  
—Patrón, patrón, ¡no ves que el camino es malo y frío como el invierno?

Pero ahora oigamos la palabra que un hombre del siglo pasado, del prehistórico comentarista de jazz, M. Oscar Comettant, que en 1852 visitó los Estados Unidos y no se escuchó allí demasiado ante la música y los bailes de los negros.

Dice Comettant, en un capítulo de su libro: "Trois années dans les Etats-Unis: "Llegamos a un espectáculo verdaderamente nacional y notable, a los bailes, a la música, al lenguaje de los negros del Sur. Mas, para poder apreciar bien este género de diversión, es necesario haber estado en el Sur de América, haber vivido en el campo con los negros, haber visto sus vestidos destruidos y sus sombreros rotos, haber estudiado su fisonomía expresivamente vasta y móvil: es necesario conocer sus gustos ridículos, su espíritu rudo, su índole fuera de propósito, haber sido testigo de su excesiva fuerza, de su holgazanería sin igual y, en fin, es preciso conocer el profundo de su sensibilidad musical y el ardor desenfrenado con que se entregan a las canciones de su raza, y que tal vez ella misma no sabe explicar, porque la tiene en el cuerpo, porque antes de ella hay muchas generaciones de esclavos y porque su sangre le viene de un antepasado que en los tiempos de Abraham Lincoln se escapó de las plantaciones y fué perseguido y destruido por los perros. Por eso las canciones blancas, que siempre se refieren a una emoción circunstancial, a cualquier contra-tiempo pasajero y a veces falso, no podrán tener nunca la profundidad de emoción de los Blues negros, esa sentida tristeza que hay en "St. Louis Blues" y la desolada desesperación de "Mood Indigo".

El mejor argumento que emplean los detractores del jazz es considerarlo como un símbolo del modernismo vertiginoso, como un capricho escandaloso de la moda, que no ha de perdurar — y no saben esos incondicionales esclavos de Verdi y fanáticos furiosos del "bel canto" que en 1850 ya existían los banjos y las atormentadas quejas de los blues y la locura frenética de los rags. Y que bajo la luna suave de Carolina y en los campos de algodón y a orillas de los ríos perezosos del Sur, los negros cantaban canciones como "Poor Old Slave", "Massas in the cold, cold ground" o como esta otra tan antigua que ha perdido su nombre, pero no la amargura ingenua de sus versos:

—Yo dije a mi patrón que tenía frío en los pies.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te sientes hoy?...  
—¡Muy mal, Emilio!... me levanto un rato, pero no tengo muchas fuerzas...  
—Tengo que darte una mala noticia, papá... —dijo Emilio.

Don José miró tembloroso a su hijo; por un instante sintió un aliento de desesperación que fluía desde todo su ser la intuición que tenía desde aquella tarde que lo mandaron al cine con los chicos, que poco a poco curcuma su carácter, rebelándolo contra su destino injusto. Bajó su vista y balbuceó una pregunta completamente inconsciente bajo la sugerencia de lo que temeroso prevenía.

—¿Han venido visitas?...  
—Sí, don José, unas amigas mías. El anciano simuló no hacer caso a la respuesta de su nuera y trabajosamente se incli-

placer y el temor y ese de rodillas ante el músico cantando las suplicantes manos. Esta escena es muy verdadera y conmueve a todos los que conocen la naturaleza y costumbres de los negros de la Luisiana.

El tocador del banjo levanta al cimarrón; le asegura que no le denunciará, presentándole el banjo, que toma con loca alegría. Entonces, músicos y bailarines se entregan al placer con frenesí. Este espectáculo termina siempre por un baile muy extraño y divertido, en el cual una negra fea y coqueta, recios loores de un horroroso negrito!

Y en 1890 el famoso compositor polaco Dvovak llegó a los Estados Unidos y entusiasmado con la música negra, compuso sus celebres piezas para el "Cuarteto Americano en Fa mayor" y de la estupenda "Sinfonía del Nuevo Mundo", con motivos de "Negro Spirituals", y donde se escucha una versión del viejo "Swing Low, Sweet Chariot". Pero como lo cobija el indiscutible renombre de Dvovak, nadie piensa que es "cosa de negros" que no debe ser respetada, sino que es un género de música que acompaña a los señores de frac, que se horrorizarían dignamente si se les obligara a oír los tres primeros compases del "Tiger Rag".

Y, sin embargo, es tan eficaz como concepción artística "The Mooche" de Duke Ellington, que "El Mar", de Debussy y se debe escuchar con el mismo interés intelectual "St. James Infirmary" de Joe Primrose y "Petruschka", de Stravinsky.

Además, ¿cómo no contagiarse de esa como excesiva alegría del jazz "hot"? ¿Cómo nos sentimos espiritualmente renovados y alegres después de la avasalladora borrachera de un "rag" o un "stromp"? Comprenderemos que no puede haber una felicidad más inocente y límpida que la de lo primitivo y lo salvaje, porque no está contaminado todavía por el callado cálculo de utilidades y la sucia ansiedad de oro a que tiende la civilización blanca.

El jazz "hot" es como el destilado de tantos años de dolor y de infamia; como las inimitables borracheras de lúces y vino, mujeres y canciones que quisiera proporcionar la noche del sábado el agachado esclavo de oficina.

Y sin embargo, hasta en los más enloquecidos "rags", hay un fondo de tristeza, y entre el matemático de notas que los pifones y clarinetes arrojan en avalancha maravillosa de sonidos se siente la presencia de una angustia ancestral que como una neblina, ya surgiendo del fondo de los espíritus; ese terror que en África se manifestaba ante los peligros sangrientos de la selva y que en América tuvo motivos para sentirse bajo el látigo implacable del amo y el brutal imperio de la ley de Lynch.

A. O. PEYROU

# Museo de la Confusión

EN una revista cuya denominación está íntimamente ligada a la botánica y al papiro, apareció un artículo bautizado Mujeres de la Guerra Civil. El autor, cuando no César Carrizo, expresa en el referirse a ciertos desterrados:

Allá andan y desandan los ojos de la patria, cuando el pan negro del exilio, y durmiendo en lecho de estopa.

¡Exiliados comiendo pan negro! Me parece un abuso de complacencia por parte del canchero y del economo encargado de las raciones. Sobre lo terrible de dormir en lecho de estopa diré que entre los personajes a que se refiere el historiador de Sosalinda se encontraban Mitre, Marmol, Tejedor, Alberdi, etc., y que no creo que para un marmolero, un tejedor, un basillero, un economo de bases o un general turista baquiano en pie cinco, vienes, hamacas paraguayas, toldos, lonas y otras obligaciones del viajante, resultan tan irremitables esa clase de lecho, otomana, chaisebrague, etc., ni aun en el caso que poseyeran más espumas que un talamo. En otra zona de su elaboración dice el historiador semanal:

Lo que me agrada es que, siendo el Jardín para ilustración y recreo de pasantes, la ilustración se viera por alguna parte y al recreo se le despojara de los malos olores que convierten en publicitarias las mejores intenciones de pasar un rato amable en el seno de la naturaleza.

Confieso que ignoraba hasta el presente que ese conjunto de jaulones poblados de tuco-tucos, tigres de Bengala, cuises, leopardos, etc., constituyera el seno de la naturaleza, pero no vaya a creer el señor Barrientos que me va a entusiasmar su definición hasta el punto de transformarme en un mamífero irresponsable capaz de premeditar a una lechuga prusiana del general Paz, salta de Montevideo a Martín García con un puñado de espartanos. De Martín García se aventura, se aventura por Entre Ríos y Corrientes; baja por Santa Fe; se viene sobre Buenos Aires para detenerse en Merlo.

Dejando a un lado los saltos ornamentales del acrido, desearía saber para qué quería a los espartanos indómitos. Como baquianos podrían indicarle a lo sumo el paso de las Termópilas o los recovecos del Peloponeso; como intérpretes no irían más allá del sonido gutural; como balísticos apenas si sabrían cargar una lanza, y como eucueras creo que lograrían hacer largas marchas a pie. Otra cosa que no me explico es cómo hizo el historiador para encontrar en Montevideo más de un laedemónio y convencerlos que se abandonarían sus actividades y se adentrarían por Entre Ríos, Corrientes, ba-

Lavalle, que tiene un coraje indómito, pero a quien le falta la cabeza bien organizada, y la chiquisaca prusiana del general Paz, salta de Montevideo a Martín García con un puñado de espartanos. De Martín García se aventura, se aventura por Entre Ríos y Corrientes; baja por Santa Fe; se viene sobre Buenos Aires para detenerse en Merlo.

Dejando a un lado los saltos ornamentales del acrido, desearía saber para qué quería a los espartanos indómitos. Como baquianos podrían indicarle a lo sumo el paso de las Termópilas o los recovecos del Peloponeso; como intérpretes no irían más allá del sonido gutural; como balísticos apenas si sabrían cargar una lanza, y como eucueras creo que lograrían hacer largas marchas a pie. Otra cosa que no me explico es cómo hizo el historiador para encontrar en Montevideo más de un laedemónio y convencerlos que se abandonarían sus actividades y se adentrarían por Entre Ríos, Corrientes, ba-

Jaran por Santa Fe, se vinieran a Buenos Aires, se detuvieran en Merlo y colocaran aquel célebre cartel que todos conocemos "Caballero que vais a Montevideo, comunicad que aquí yacen los restos de aquellos que murieron por defender la primera etapa.

En cierto momento, que será de presencia el lunes 10 de septiembre la transcripción de una carta enviada por el señor C. Barrientos a la dirección del mitridatis esbozado. El contenido de la escuela es una larga protesta por las deficiencias que dice haber notado en el cuidado, distribución, presentación etc., de instalaciones, los ejemplares vivientes que se ostentan en el bestiario palermitano. El zoólogo se muestra desconforme por la ausencia total de cartellones alusivos que indiquen claramente la variedad, usos y costumbres del ejemplar contemplado; se queja del aire enrarecido que fluye de algunos raros ejemplares de focas, zorritos, buyes de almizcle y aves de rapina; le molesta el color Lrapinoze de los canteros, árboles y liquisidos de los estanques y no está de acuerdo con el trato dado a la elefantiasis. Al terminar expresa lo siguiente:

Lo que me agrada es que, siendo el Jardín para ilustración y recreo de pasantes, la ilustración se viera por alguna parte y al recreo se le despojara de los malos olores que convierten en publicitarias las mejores intenciones de pasar un rato amable en el seno de la naturaleza.

Confieso que ignoraba hasta el presente que ese conjunto de jaulones poblados de tuco-tucos, tigres de Bengala, cuises, leopardos, etc., constituyera el seno de la naturaleza, pero no vaya a creer el señor Barrientos que me va a entusiasmar su definición hasta el punto de transformarme en un mamífero irresponsable capaz de premeditar a una lechuga prusiana del general Paz, salta de Montevideo a Martín García con un puñado de espartanos. De Martín García se aventura, se aventura por Entre Ríos y Corrientes; baja por Santa Fe; se viene sobre Buenos Aires para detenerse en Merlo.

Dejando a un lado los saltos ornamentales del acrido, desearía saber para qué quería a los espartanos indómitos. Como baquianos podrían indicarle a lo sumo el paso de las Termópilas o los recovecos del Peloponeso; como intérpretes no irían más allá del sonido gutural; como balísticos apenas si sabrían cargar una lanza, y como eucueras creo que lograrían hacer largas marchas a pie. Otra cosa que no me explico es cómo hizo el historiador para encontrar en Montevideo más de un laedemónio y convencerlos que se abandonarían sus actividades y se adentrarían por Entre Ríos, Corrientes, ba-

Lavalle, que tiene un coraje indómito, pero a quien le falta la cabeza bien organizada, y la chiquisaca prusiana del general Paz, salta de Montevideo a Martín García con un puñado de espartanos. De Martín García se aventura, se aventura por Entre Ríos y Corrientes; baja por Santa Fe; se viene sobre Buenos Aires para detenerse en Merlo.

Dejando a un lado los saltos ornamentales del acrido, desearía saber para qué quería a los espartanos indómitos. Como baquianos podrían indicarle a lo sumo el paso de las Termópilas o los recovecos del Peloponeso; como intérpretes no irían más allá del sonido gutural; como balísticos apenas si sabrían cargar una lanza, y como eucueras creo que lograrían hacer largas marchas a pie. Otra cosa que no me explico es cómo hizo el historiador para encontrar en Montevideo más de un laedemónio y convencerlos que se abandonarían sus actividades y se adentrarían por Entre Ríos, Corrientes, ba-

lanzone haya sido el único golpe neto de todo round inicial. En el descauso la efectividad de ese punch quedó evidenciada por un hematoma sobre el ojo derecho de Guerra.

Es indudable que el público hizo muy bien en aplaudir, porque un golpe neto que da en la mandíbula y produce la hinchazón de un ojo no se ve todos los días. No sé cómo continuó la pelea pero me imagino que no habrá faltado algún certero impacto en el píloro que provocara una calvicie prematura en alguno de los líderes, o determinado directo al esófago que causara una piedra de papa para uno u otro de los oponentes.

En la sección "Cinco minutos de intervalo" de un semanario enmascarado del 23 de agosto, comentando la producción "Viva Vila", se decía esto:

Rara es la vez que aparece en la pantalla un personaje sudamericano sin que se le deforme y caricature. Una de estas contadas excepciones se acaba de producir con Pancho Vila.

Efectivamente, se ha cometido una gran excepción: la de afirmar que Pancho Vila es un personaje sudamericano. Es claro que la culpa de las diferencias de latitudes la tiene el mismo valiente mejicano que con sus rápidas ofensivas hacia el Sur, cuando el enemigo se hallaba en el Norte, sus desplazamientos hacia el norte cuando el enemigo merodeaba por el sur, y sus meros por el bosque cuando el labo no estaba ha desorientado completamente a todos sus biógrafos y panegiristas.

En otra zona del mamotreto, los diáconos se dedican a explicar lo que es una carta. Sin comentario doy la definición canongil. Es ésta:

Carta es una conversación por escrito con una persona ausente. Luego nos informa la diécesis lo que se debe hacer antes de firmar la escuela, el billete perfundado o la carta comprometedor. Dicen los prelados: —Un joven, antes de firmar, nunca habla de su considera-

ción, ni olvida poner algunas frases de cumplido, como S. S. S.

Es natural que ésta no es la única frase de cumplido. Si el ex comulgado se anima puede utilizar estas variantes: de S. O. S., H. P., R. I. P., Q. E. P. D.

En el "Suplemento" del 22 de agosto, en una narración titulada "En los mares del Sur", me llamó la atención lo que sigue:

Luego me puse a admirar la belleza de esas aguas transparentes y misteriosas, incapaces, a veces, de henchir una vela, y otras, terribles y gigantescas, seguras destructoras de diques y ciudades.

No veo qué inconvenientes puede reportar el que las aguas sean incapaces de henchir una vela y hasta creo que es lo mejor que podía suceder. Porque eso de navegar con el agua de las golgas, el juncete lieño de camelotes, la canchagua llena de cangrejos y el foque transformado en un estuario, no deja de tener sus trastornos.

En el mismo papiro en la página 24 me sucedió una elucubración titulada "El Campesino Enfermo" De ella extrago lo que sigue:

Sólo la tristeza, inmutable a través de tantos meses, le pesaba con fuerza brutal y despiadada, como una lápida de piedra pesa sobre la tumba. Ahora salimos con que las lápidas llenas de buenos consejos, recomendaciones y augurios son despiadadas. Y el R. I. P. en letras de plomo, la misericordia de la cruz, los pedidos de "Silencio",



# EL DEFENSOR

**H**ACE frío y la garúa sigue. Junto al puesto un banquito pequeño en el que se arrebujó, dentro de su mantón a cuadros, la chiquilla que está al cuidado de la venta. No grita ni pregona. Allí espera que venga uno que otro parroquiano. Toman éstos el diario y los cinco centavos quedan sobre la mesa. Nadie roba. Nadie tampoco lleva las revistas policromas. La chiquilla se limpia las narices. De rato en rato meca de debajo de su pañolón la manecita de uñas negras. Se rasca la cabeza desgreñada a pesar de la trenza sujeta en la punta por una tira de color.

Las palomillas rondan sus precoces trece años de chica miserable, pero su instinto, ya crecido en la vida de tugurio, ofendía el peligro.

Allí está Artemio, como ella vendedor de periódicos y lotería. Se le ha plantado delante, la gorra encapotada y las manos en los bolsillos del pantalón más amarrado. El saco le va grande. Bajo el sobaco el montón de periódicos.

—¿Tienes "Crónicas", Usebia? —Ni una. Toitas se han ido porque trajeron pocas. Te doy "Comercio", que me ha quedado. —A mí también me ha quedado.

La mañana es nublada y la garúa enloda la calle estrecha. Hace ya horas que en ella hay movimiento, vida. Mujeres de manta o pañolón sobre los hombros, mujeres con el busto o la cabeza al aire, charlando su cotarro comadrón, van y vienen de prisa, al brazo la canasta del recado o el paquete de carbón, o la compra hecha en cualquier pulpería. Aranzas desamismados, corren, juegan, cumplen a gritos los encargos. Marchan los hombres al trabajo. El bullicio chillón de un barrio pobre. Rueda el eléctrico, ruidoso de chatarra y vocerío humano, mientras trepidan sus ventanillas al ser ajustadas a los marcos. Vibra timbrado el insistente campanillo anunciador de la parada próxima. Dentro huele a verdura, a marisco, a carne y las mujeres gritan entre risas o entre lamentos, su error de haber equivocado la esquina. Sus cuerpos, de senos lacios y vientres respingados que les levantan la pollera, pretenden alcanzar la plataforma a empujones, pretendiendo escurrirse, y en el apretarse con los que están de pie, desgarran en girones sus viejas mantas verdegras. Fuera, las paredes cuarteadas en la fila de casas centenarias, tiemblan como abuelas al paso del intruso.

Del cafetín ha salido un muchacho ya mayor. Lleva la gorra sobre una oreja y la chalina destendida alrededor del cuello en varias vueltas. Se ha levantado las solapas y fuma un puchó. Es un injerto, larguirucho y flaco, al que llaman el Huerequeque.

—¿Qué haces si con Usebia? le dice a Artemio y en su amarilla cara imberbe brillan lascellos los ojos achinados. —Yo... ¿Pa qué? —contesta el otro, que ha entendido. —Tú muy flaco! La chica ris y se limpia la nariz con el reverso de la mano.

—¿Flaca?... Tu mamá... Y cambiando de tono: —¿Convidame un café! —¿Sí? Y cuánto me emperrás? —responde el mataperros mirándola con desparpajo. De pronto se engola como un gallo y chillá su pregón de lotería: —¡Veinte mil soles!... ¡Para mañana!... —corre tras un hortera. —¿Señor, señorito!... ¡Este huacho! —y dobla la esquina pegado al presunto comprador.

Eusebia se levanta desentumecida. En su cara cobriza, los ojos negros y dormidos, de pestañas gruesas y ceja rala, brillan al ardor de la raza. Breve boca llena de carne. Al deturar los brazos, sus pechitos nacientes desfilan. Huerequeque la mira. La chita amarra fuerte en una punta de su pañuelo cobres y flebea, producto del negocio, y entra al café. Se sienta en una mesa, desde la que su desconfianza observa el puesto. Sus zapaticas de lona han dejado la huella humilde de su pobreza sobre el aserrín que cubre los mosaicos. Dentro se está abrigada.

Una asiática se mueve activa tras el mostrador, y sus ojos oblicuos, mostacillas brillantes, sonrían a la diaria parroquiana. Lava las tazas blancas, y el agua suena al golpear de su chorro sobre el zinc. Al extremo sifones, detrás la estantería con la mentira de sus botellas que no contienen nada. Se oye que adentro, en la cocina, chisporrotean bajo las parrillas los carbones avivados al rojo por el aire que apita un soplador; y el bult de la sartén en la que las fritangas dicen el crepitar de su roce al baño de la manteca hirviendo. Entra el olor del chicharrón dorado. La moladora del café lanza el fuerte aroma del tostado que cruje al triturarse entre sus dientes. Por la persiana de una puerta volante penetran vaharadas de alcohol. Vocifera la voz ronca de un borracho, y a su contacto una mujer ebria de licor y de lujuria, le chillá obscenidades.

Crápula pobre, escandaliza en la trastienda. Eusebia pide: —¡Pronto, María. Café con leche y un chancay! Frota sus manos y mira a Huerequeque, cuyas brazos largos como imaginarios remos de dobles han llevado su silla hasta la mesa. Tres parroquianos en las otras dos se desayunan fuerte. San-

gra jugo el churrasco que les lleva José. Hay poco movimiento. Fuera, en el día turbio, la gritería de diez de la mañana. Se apura la gente bajo la lluvia.

Viene la japonesa, en cuyas manos humean las garrinas. Café con mezcla de achicoria; la leche aguada. Huerequeque, petulante como un rufo, la detiene: —¡Anda, japon, y límpiate esta mes! —Fierro enlozado que hace farasa de mármol. Entre sus jaspes unas cuantas gotas de agua. Las seca María con un pedazo de tocuyo sucio.

—Ora —dice el injerto volteando un par de tazas— ¡una grande pa' mí y otra pa' esta! —Pa' mí chica, María —interrumpe Eusebia y mira al hombre incrédulo— este que's rico podrá tomarse grande.

Sacóndele Huerequeque su bolsillo. En él suenan monedas. —Sirve, sirve no más... ¡Yo convidó... ¡Hay agua, aquí cantan los yolis! —Llena María las tazas hasta el tope y el café con leche rebalsaba sobre los platos al echar el azúcar.

—Onde vivís tú, Usebia? Ese viejo caré velorio te escondió en una madriguera, pero voy a seguirlo pa' ver a onde dentras. —La chollita se ríe. En su raza la sangre quema muy temprano, y aquel perdido a quien le falta el alma, lleva también intensificada la atracción bruta de su sexo.

—¿Y tú pa' qué quieres saberlo? Yo no vivo en la casa de don Pedro. El paga mi pensión onde una señora, en el solar del Carmen. Don Pedro es mi padrastro, pero, que ya es finada. —¿Es tu padrastro y trabajas pa' él? —Déjalo al viejo y vente conmigo! —refuta el tipo con cinismo.

—¿Onde voy ir contigo? ¡Se'rra, sin dueño pa' que me lleve de aquí pa' allí cualquiera! Da Huerequeque dos palmas:

—¡Anda, japon, traite dos chancays dobles! —y continúa: —¡Como perra sin dueño estás viviéndolo! ¡Tirada junto al puesto, haiga sol o haiga lluvia; y pa vender los periódicos de ese viejo vagabundo que te explotó! —Don Pedro es un hombre de trabajo —protesta la chiquilla, y remata la frase: —¡Vagabundo!... Pa vagabundo tú que nadie sabe ni onde vives ni en qué trabajas.

José pone en la mesa el plato con los bizcochos sobre las servilletas blancas de papel. —¿De mi trabajo, me basta con que yo sepa onde's! Mi plata no la robó ni me siguen los tombo como al viejo; y ni nadie me ha fichao en la Inte, ni he estado canchano nunca... Si tu vienes conmigo, dejás pa siempre este trabajo de mendija y tienes casa tuya y trajés pa vestirte... si no... ¡hasta vieja aquí y tullida o m'o la Abigail, cuando menos... Vas a venir pa' que no nozonas onde es onde yo vivo... —¡Ayayay!... Seré yo... —Y sentía la chica sobre todo su cuerpo el deseo del macho. Su carne contestaba, pero un instituto de defensa la hacía distimular, aunque sin darse cuenta.

—¿Cómo iba a darse cuenta si sólo presentía la necesidad de esquivar a quel tipo perdido? —L olfateó el hombre y se atrevió: —Y si te gusta... ¡te quedas pa vivir conmigo! —¿A vivir contigo?... ¡Seré yo!... —Han acabado el desayuno. Golpea Huerequeque un sol sobre la mesa. Eusebia va a la puerta. Allí está Artemio en postura indagante; se muerde los labios y luego guía un ojo: —¿Cuidado Usebia con los convites de' este! —y agresivo y burlesco aborrea a Huerequeque: —¿A quien quitaste el tronco pa ponerle invitador?... —Algo le escuce al chico, y la Eusebia, sin saber por qué, esquivó los ojos.

Rondar doliente de azotacalles, en el que las pasiones ator-

mentan la madrugada de la vida. Después, también temprano, el corazón se hace de piedra.

Unos días después, los hombres se detienen al paso: —¿Tribuna? —¿Todavía no ha salido. Eusebia ha echado al diario su ropa dominguera. Está limpia y en un dedo le brilla una sortija de bisutería.

El mirar de la chica ha cambiado de expresión. Ha variado tanto, cuanto varía la mujer que siente que ya dejó de ser chiquilla. En esta vez no han sido las manos traviesas de un muchacho que haya querido pellicar. Ha sido un hombre, y ha sido un hombre perdido y mujeriego, quien se ha fijado en ella. Ahora el deseo de recibir los manotazos de sus compañeros palomillas, se le toca inconscientemente, en el placer de sentirse deseada y en la necesidad de agradecer. ¡Aquel don Juan de barrio da un despertar torcido a la nueva mujer!

Para los ojos proletarios de Eusebia, nunca estuvieron bajo los telones de este teatro de la vida. Siempre supo que el hombre y la mujer ayuntaban, y que las madres guardaban nueve meses en su vientre a los hijos, pero este saber no había muerto su inocencia. Era el amor y eran sus correlarios, natural cosa de todos los días, que no se ocultaban en la vida promiscua del pobre.

La malicia no cabe en la verdad. Pero ahora que avanza hacia las candelillas, siente que también hay algo entre bastidores. No sabe lo que es, ni lo comprende, pero la roncha del deseo pica amarga en su carne, y es que ya no es aquel deseo sano, robusto de salud, con el que en cualquier noche, sin comprender porqué, hubiera podido quedarse con Artemio; sino un deseo que busca para satisfacerse el camino tortuoso del disimulo, y en el que el cuerpo, sintiendo que es deseado, se pone como anzuelo tentador para el proce procar.

Ha entrado la malicia. Y es que aquel hombre de arterias finas, le ha entandado el cuerpo, pero no le ha rozado siquiera el corazón. Destino turbio el de estos hijos, arrastrados al alid de la calle. Parias también, e hijos de parias,



son la gotera trágica que filtra el egoísmo. Escurren de las vidas que la explotación tuercen en nudos de hambre, de cansancio, de desesperación. Gostas desventuradas sudadas por el dolor del hombre y valla amenazando para su grito legítimo de vida... Fecundar, concebir, ser creadores, cada gota de vida termina en rosas de prostíbulo o en los cactus sombríos de un penal.

Una mano tosca que golpea su espalda y un grito agudo en la oreja despiertan a Eusebia. Hay a su lado un ranaruculo. —¿Quién esperas?... ¡Van a dentrarte moscas por la boca! Eusebia vuelve en sí... Todavía repite mentalmente la tentadora invitación: —"A las seis y media en la

plazuela de Viterbo. ¡Dan Tarzán! La chollita ha resuelto ir. Dirá en la casa que demoró la venta de la tarde.

¿Qué calor hacía en la sala del cine! Así era siempre que daban la serial. En la oscuridad se apiñaban las gentes sobre las bancas modestas, y las exclamaciones ante el Tarzán descendido y musculoso que pasaba columpiándose de árbol a árbol, se mezclaban a la música con que desde un charango el pianista acompañaba la película.

Eusebia sintió sobre su muslo duro la mano caldeada de Huerequeque. Palpitaron sus senos apresuradamente. Por el telón corría el hombre fiero, cubierto por un trozo de piel, pero los ojos enturbiados de Eusebia veían como a través de un vértigo... El charango sonaba sin cesar y sonaba el motor al rodar la película... Han salido del cine y la chiquilla trota al lado de Huerequeque, cuyo paso precipitado la fatiga. La luz voltaica refleja oro en los charcos y los automóviles lo salpican como cieno, en las ropas de los viandantes.

—¿Ya es tarde, Huerequeque, ya me voy! —Espera qu's aquí, en Güenoses Aires onde yo vivo. ¡Pa que conozcas, nada más! —Y el deseo del rufo tira también de las carnes de la chica. Como una cinta sucia se alarga el callejón, cobijo de miseria. Hay dos vecinas en la puerta, y Huerequeque, con voz dura, advierte antes de atravesar la calzada: —Al frente es, y vas a venir conmigo... ¡Sin hablar! —Yo no voy a dentrar —protesta, la chiquilla, intentando detenerse, pero ya Huerequeque se ha echado al medio de la calle, arrastrándola del brazo.

—Vamos y calla —le contesta impaciente. Eusebia no se atreve a resistir, pero ¡cuánto le pesa no sólo el haber ido, sino hasta el primer día en que le habló al Huerequeque! Sin embargo, como una automática, va tras él. Baján las gradas de madera podría que hay junto a la puerta y ante ellos corre largo el callejón semisencillo. Las ropas recién lavadas penden, como fantasmas blancos, de los cordeles, que apuntalados por cañas huecas, van de una pared a otra. Las sábanas preñadas de aire, bambolean al hinchazón de sus vientres, mientras vuelan sus sombras imprecisas a la luz de un fogueto que en el cruce de varios vericuetos deja caer la debilidad de su treinta y seis bujías. Chorra el caño sobre un balde en el inmundo botadero. Las miasmas abonan de males la miseria. Casas de vecindad, madrigueras de las ratas humanas. Aquí y allá bifurcan los ramales del callejón como senderos fugitivos de pobreza. Puertas, puertas y puertas, y resquicios de luz en la semipenumbra... Atrás de ellas se aglomeran la vida en hambre y epidemias. Allí se bacina la humanidad desmenuzada. Allí los pulmones suerben a bocanadas la tuberculosis. Mueren muchos, otros quiebran sus fuerzas al yugo del trabajo y hambreen algunos años más en la impotencia de volver a vivir. Corre el flagelo del dolor que parece abatirlos, pero son tantos, ¡tantos!, que aun es, sobre el crecimiento de sus cuerpos sobre el que se levantan prepotentes la Vida y el Progreso.

Eusebia y Huerequeque han llegado a una puerta. Un candado sujeta las armellas. Hace la chica un último esfuerzo para resistir. Tartamudea: —¡Déjame, que me voy! ¡Quisiera echar a correr, pero los ojos del hombre, chicos, saltones, furiosos como los de una víbora, no le dejan moverse. El, que ya ha abierto el candado, la sacude de un brazo: —Dentra... ¡dentra te digo!



# LA UNIÓN POSTAL

**A**L echar al buzón una carta para el extranjero, con un sello de cinco o diez centavos, Vd. toma parte en la más civilizada actividad, tal vez, de su vida. Un alemán llamado Enrique von Stephan es responsable.

Stephan fué el primer director de Correos de la Confederación Alemana del Norte. Cuando se hizo cargo de su puesto en 1886, envió cartas al extranjero era como jugar con Alicia en el país de las maravillas. Era imposible reglamentar nada. Si su abuelo, por ejemplo, quería escribir a Berlín desde Nueva York, le costaba 90 centavos enviar la carta por un buque alemán o 1 dólar 2' por un barco inglés. Si vivía en México y recibía una carta de Londres, pagaba al correo mejicano 1.40 al recibirla. Una carta de Berlín a Roma costaba 68 centavos cuando pasaba por Suiza y 90 a través de Francia. Cartas para Rusia iban por trece rutas distintas, diez de las cuales tenían precios diferentes. Seis eran las vías para Australia, con precios que variaban desde algunos centavos hasta un dólar.

En esta situación, Stephan convocó un congreso internacional para considerar una propuesta. El congreso se reunió en Berna, Suiza, y al fin de 24 días aceptó todas sus propuestas. La Unión Postal Universal es el convenio internacional de mayor trascendencia que la idea de un hombre solo haya realizado. Hoy, las mismas bases que Stephan dictó a Europa y Norte América, rigen a todos los países del mundo.

Por eso, en este año de 1934, se encuentre usted en Timón o Titusville, puede dirigir una carta a cualquier país remoto y estar seguro de que recibirá el mismo rápido y respetuoso tratamiento reservado antaño al correo real de un César. Se esté en Nanking o en Nome, el procedimiento es el mismo: pegar un sello de cinco centimos o su equivalente — color azul. (La única excepción es la del arreglo de las Américas y España, aplicado más adelante). ¿Quién recibe los cinco centimos? Sin excepción, el correo donde se compran los sellos. ¿Quién garantiza la transacción? Nadie. Cada nación libra y recibe en sus propias oficinas la correspondencia que viene directamente de cualquier país.

Tal vez, su carta va dirigida a alguna provincia remota, por ejemplo, el Congo Belga. No importa. Hay una guía señalando el sitio exacto de cada una de las 265,000 oficinas de correo de todo el mundo y otro grueso volumen con el recorrido, por tren o vapor, para llegar a ellas. Aunque su carta tenga que pasar a través del servicio postal de varios países, los salvará sin inconveniente y rápidamente será llevado a su destino.

Sólo una vez cada tres años, la cuestión "plata" invade este paraíso cooperativo. Sucede por la necesidad de llevar correspondencia de un país a otro a través de un tercero. Esto no es estrictamente un servicio mutuo y para compensar a la tercera nación por facilitar este "correo de tránsito", el dinero tiene

que cambiar de mano. Para saber la suma, cuatro semanas se dedican a eso cada tres años en las que cada bolsa o efecto de correspondencia es pesado o contado; por el remitente, el intermediario y el receptor. Cada saco recibido debe afuera que ha tenido tránsito es clasificado y pesado. El resultado completo de estas transacciones va a la central de la Unión Postal en Berna.

Una vez que están ahí todas las estadísticas, los impuestos son computados por la oficina de Berna sobre una base anual. Cuatro semanas — el período estadístico — multiplicado por trece (13), da la contribución anual que cada país debe pagar durante los tres años siguientes a cada país que entrega el correo de tránsito. Todos los gastos se computan en francos oro y se pesan por el sistema métrico. Francés es el idioma oficial.

Como resultado de la uniformidad del sello de cinco centimos, la población del mundo cambia un billón y medio de cartas de primera clase por año baratamente y sin riesgo.

En esta carrera, Estados Unidos encabezaba la lista. Figuras con 191 millones de cartas. Después los países que más escriben en el mundo son Inglaterra, Francia y Alemania. Inglaterra a la cabeza y los otros dos a la par, Japón y Austria, luego Italia. La sola ciudad de Singapur envía tantas cartas al extranjero como todas las Russias: medio millón al mes. Bélgica escribe tres veces lo que escribe el Brasil.

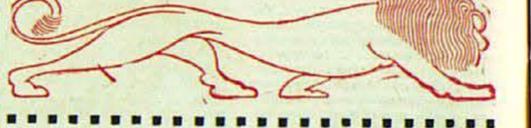
La oficina de Berna se mantiene hace más de 50 años. Su costo es de 100 mil millones de dólares anuales, de los cuales se contribuyen con dos millones en el año 1933. En estos cincuenta años, ocho congresos postales han tenido lugar. Se han hecho arreglos privados dentro de la Unión.

Uno de los más conspicuos de estos arreglos fué la firma del Pan-Americano y América Española entre E. Unidos, España y países del Hemisferio Occidental, en los cuales ha quedado abolido el derecho de tránsito.

Las cartas son libres como pájaros. Recuerde esto cuando escriba a la América Latina. Los impuestos de tránsito han sido abolidos principalmente por las quejas hechas por la Argentina. Ningún país está más al sud que ella — excepto el Polo Sur —, y la Argentina nos envía doble correo que el que nosotros le enviamos.

El desarrollo del correo aéreo es el más moderno de los acuerdos. Ahí no hay fronteras por mutuo consentimiento. No hay más que correo. Vuela inviolado sobre todas las tierras. El mundo se vuelve tan familiar como la huerta de nuestro vecino. Donde este nuevo correo alado llegará, nadie puede saberlo. Pero una cosa es cierta: la Unión Postal Universal es el primer experimento con completo éxito en materia de cooperación internacional.

Stephan murió en 1896. El género humano aparece considerablemente menos desorientado porque una vez él vivió.



—y la arroja en la pieza oscura. Va tras ella que, temblando, apenas ha sentido el olor húmedo del cuarto. Casi no ve... La cama... hay otra puerta al fondo y entre las sombras los brazos de Huerequeque que, con fuerza de unos ganchos de fierro, se abrazan a su cuerpo. —¡Déjame!... ¡Déjame!...

Pero el malante es una fiera que se ha prendido de la chica... La deshacan sus brazos y la ahoga la presión de sus huesos que le apretan el cuerpo. Siente sobre su cara, quemante de fuego, la piel de la del hombre. Ella se escurre como puede. —Quiero irme —clama empavorecida, a media voz. Se estrella contra algo y suena burbulla la risa de unos frascos al romperse. —Quiero irme de aquí! —y un temblor nervioso la sacude. Huerequeque está ciego de lujuria.

—Ven placá, y le clava en los brazos sus dedos, como garfios, empujándola "salvajemente" —¡No! ¡No!... Eusebia queda en la cama, se midesuda, y él se pone de pie. —Yora —le dice — andavete si puedes. Tiene ella una espantosa sensación física de vacío. Se encoge y se sacude entre las convulsiones de un llanto histérico. —¿Y qué creías, insiste avieso Huerequeque, que por las puras te convidado tanto? —Suenan sobre las puertas tres puñetazos de una mano viril. Huerequeque, con un salto cauteloso de tigre, se pone junto a ella.

—¡Abre o llamo al guardia! Grita con fuerza la voz clara de Artemio. —¿Tú me conoces ya!

—¡Abre te digo! ¡Y nuevos golpes quieren romper la puerta. Quitá el pestillo Huerequeque y un puntapié lanza la hoja hasta que cruje las visagras. Hay medio luz. Al borde de la cama, como una bestezuela austada, está la Eusebia. Raspa un fósforo Huerequeque y al resplandor chispa la chaveta del Artemio.

—¿Qué le has hecho sinvergüenza?, le grita vibrando de coraje. —Voy a enseñarte a que te metas en lo mío, fo... De un salto esquiva Artemio el puntapié.

—¡Aguarda! —dice — ¡A todo estoy dispuesto! Y he venido como hombre, con mi blanca, pero ay ajera espera el guardia lo de ésta. Y trepida su voz al señalarla.

El señalan se detiene porque teme a la policía y porque sabe que esos chicos que viven bregando en la calle desde que dejaron de mamar, son capaces de todo, y que el continuo contacto con el peligro hace que no le teman.

—Le he dicho — añade — que mi hermana se ha escapado, y que he nomás se espere, por si no quiere regresar... Cos que... Vamos Eusebia, y señala la puerta. —Ya me las pagarás, vociferará el otro. La chollita llora mientras sus manos intentan unir las ropas rotas. —Yora donde voy yo Artemio? —Ora tú eres pa'mí hermanita. Y la saca consigo. Hermano primero a tomar un café y después a dormir onde yo duermo... ¡Al patio de la imprenta!



# Decadencia de la Antropofagia

THOMAS ADDINGTON VANE  
ILUSTRACION DE PAPPAGOLI

Un caballero elegante, rollizo, aristocrático, que presentaba a primera vista una topografía escarpada — gran nariz, pecho más o menos llano sobre un apreciable abdomen bien acondicionado en pantalón de buena tela — y que terminaba por abajo en polainas grises y por arriba en sombrero de copa, se quedó mirando a un joven delgado y pálido, que caminaba con ritmo y movía el morbido cuello con gracia, como un cisne. Hablaron dos o tres palabras y desaparecieron por la calleja. El joven delgado y pálido, que caminaba con ritmo y movía el morbido cuello con gracia, no volvió a aparecer.

Ya veo que es el momento de hacer una aclaración. No quiero que el lector me suponga capaz de insinuar algo innoble. ¡Dios me libre de semejante cosa! Bastó que yo mencionara un caballero de apariencia aristocrática y un joven apolíneo que movía el cuello con gracia, para que la voraz curiosidad de los lectores, o su fantasía enfermiza, imaginara quién sabe qué aberraciones, que estuve muy lejos de abrigar en mi pensamiento. No; no quise caracterizar con ese "faenum habet in cornu" a un miembro del Club de los Antropófagos, ni al joven como una nueva víctima de esas prácticas incorrectas. Mi objeto era constatar simplemente el hecho y una vez efectuados los estudios que me propongo seguir, averiguar si efectivamente puede suponerse el episodio como un acto de preambalismo.

Personalmente, yo estoy en contra de la antropofagia y cada vez que he visto delante mí... Pero no nos adelantemos a las conclusiones. Debemos eludir en este examen aquellas obras donde la antropofagia ha sido incluida con simple intención humorística, o donde se la ha supuesto practicada de manera inverosímil. Tomemos por ejemplo "Los Cantos de Maldoror". Su autor era un joven francés, enfermo, desconocido y pobre, circunstancias que lo llevaron a exagerar de un modo morboso el odio que toda persona bien nacida debe experimentar por el género humano. De tal odio nació tal libro, expresión romántica de la revuelta contra el mundo, con que se propuso, además, horrorizar a sus lectores. Y creo que el melancólico señor de Lautréamont lo consiguió. Pero lo que nos interesa no es esto. En un capítulo supone a Dios practicando la antropofagia. Y aquí es donde yo opongo mi veto y mi más enfática protesta. Como rasgo humorístico, aun siendo discutible su buen gusto, puede aceptarse; pero en cuanto a la lógica y a la teología es inadmisible. Dios es absoluto. Pues bien; en su carácter de absoluto no puede hacer un acto que pueda hacer los hombres que comen carne humana, por lo pronto, y que el amor es una dualidad; no puede tener deseos, sacrificarse, o gozar; no puede, finalmente, tener hambre. El hambre, pues, y una de sus más vituperables consecuencias, la antropofagia es un privilegio del hombre.

Cuenta Voltaire que en 1737 llevaron a Fontainebleau algunos nativos del Mississippi. No nos dice nada sobre sus gustos musicales, que, entre hombres que vivían en las orillas del río sonoro, debían estar muy adelantados. Y nos imaginamos, por otra parte, muy difícilmente a Voltaire entusiasmado, zapateando y cantando: "Dinah—is there any one finer—in the state of Carolina"; pero asegura que interesándose por conocer las costumbres gastronómicas de aquellos países, interrogó a una de las mujeres y ésta le contestó que comían carne humana. No se escandalizaba por esto Voltaire, pues el propio pueblo de París se había acostumbrado, hacía poco tiempo, al mariscal D'Ancre.

Interesante es también lo que cuenta Marco Polo. Este Polo, que andaba siempre por el Ecuador, refiere que en el Mar de las Indias había islas pobladas de negros que comían hombres. El obispo O'Hara cuenta que en la isla de Papeete el "plat du jour" fue en cierta ocasión un adveniente del séptimo día, y que estuvo tan sano como no duró ni dos. Confiesa que no participó del banquete más por razones de secta — él era metodista, y de acuerdo al rito, comérselo hubiera sido un homenaje y casi una conversión al adventismo — que por falta de apetito. Es sabido además que en Oceanía se denomina "lechón largo" al misionero y "lechón corto" al vulgare.

San Clemente dice que siendo joven vió en las Galias a escotes que devoraban, como plato elegido, malgas y otras partes sustanciosas de jóvenes y doncellas. No sería difícil que la costumbre actual de los escotes de andar con pollera corta viniera de una primitiva moda de algunos envanecidos jóvenes, que considerándose digeribles, anduvieron pavoneándose y mostrando sus partes apetitosas a los fuertes guerreros. Pero dejemos estas referencias históricas y veamos el mundo moderno. Afirmando rotundamente que cada vez que se observa la desaparición de un niño o de un joven se trata de un caso de antropofagia. Antes de llegar a la revelación que es el objeto de este ensayo, analizaremos sus antecedentes en los Estados Unidos. El espíritu fanático del pueblo americano, constituida para luchar contra el consumo de la carne de vaca, llegó a extremos tan absurdos que sus miembros tomaron al género humano un odio rayano en el canibalismo. Es verdad que "The Knights of Dinner" las opiniones todas sus fuerzas, y que la policía de Missouri debió intervenir cada vez que los miembros de los clubs rivales se encontraban. Debamos sin embargo considerar como calumniosa la especie que se lanzó sobre los primeros diciendo que en la reunión anual el vicepresidente lanzó una moción pro canibalismo. Sería tener una pobre idea de los procedimientos elusivos que se emplean en los Estados Unidos para violar las leyes, suponer una moción tan franca, tan sensata, propia de nuestras costumbres inglesas. Probablemente es el canibalismo una práctica corriente entre esos señores amigos del rúmicante. Pero será una práctica disimulada. Estoy de acuerdo en que hay que desconfiar de esas amistades con rúmicantes, que de pronto ocupan la vida entera de ciudadanos que antes habían dado pruebas de una filantropía normal. Toda amistad con animales debe interpretarse, según Roberts, como una alianza contra la parte restante del género humano.

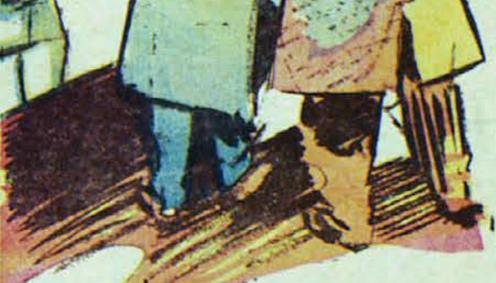
Hay argumentos, pues, para suponer que esos Amigos del Rúmicante son canibales. Pero no nos interesan estos "dilettanti" que están tan poco seguros de la legalidad de sus prácticas que las disfrazan bajo rótulos más o menos despiadados. Más verosímil es esa sorda compañía pro canibalismo que la "Sociedad de misioneros y mártires cristianos", desarrollada en las islas del Pacífico con el objeto de encontrar para sus miembros modos de existencia y justificarlos ante la opinión pública. La pretendida decadencia de la antropofagia, por otra parte, está compensada por una mayor preocupación de los estudiosos y de los fisiólogos. Ya veremos cómo ha sido fundamentada por los sabios. Ahora estudiaremos someramente su aparición en la literatura. Desde Edgar Poe son muchos los escritores que la han tomado como asunto para sus obras. Y los modernos autores han encarado el problema con toda decisión. Es que la literatura, sobre todo en Norte América, es cada vez más realista. Veamos un antecedente: Las Aventuras de Arturo Gordon Pym.

"Ningún retardar era posible, y sintiendo mi corazón escarpado del pecho avanzé hacia el castillo de proa, donde me esperaban mis compañeros. Presenté la mano con los pañuelos y Peters tomó un inmediatamente. ¡Estaba libre! Ya tenía una probabilidad menos contra mí. Augusto tomó otro y quedó igualmente libre; y las probabilidades de vivir o morir eran iguales para mí. En este momento toda la ferocidad del ti-

gre se apoderó de mi corazón y sentí contra Parker, mi semejante, mi pobre camarada, el odio más intenso y diabólico; pero este sentimiento se disipó pronto y con un escalofrío y los ojos cerrados tendí hacia él los dos pañuelos restantes. Pasaron cinco minutos que empleé en contemplarlos y, durante este siglo de indecisión, no abrió ni una vez los ojos. Tiró al fin uno de los pañuelos. La suerte estaba decidida; pero no sabía si había sido favorable o adversa.

Nadie decía una palabra y yo no me atrevía a salir de mi incertidumbre, mirando el pedazo que me quedaba. Peters me estrechó al fin la mano, y entonces vi en la fisonomía de Parker que me había salvado y que él era la víctima condenada. Respiré convulsivamente y caí sobre la cubierta sin conocimiento. Pero volví en mí a tiempo para ver el desarrollo de la tragedia y asistir a la muerte del que, como autor de laproposición, era, por decirlo así, su propio verdugo. Parker no hizo la menor resistencia, y herido en la espalda por Peters, cayó muerto en el acto. No insistiré sobre el terrible festín que siguió. Estas cosas todo el mundo puede figurárselas, y las palabras no tienen virtud suficiente para descubrir todo el horror de la realidad. Baste decir que después de haber apagado nuestra sed con la sangre de la víctima, echamos al mar las manos, los pies y la cabeza, así como las entrañas, y devoramos el resto del cuerpo, pedazo por pedazo durante los días memorables que siguieron, esto es, 17, 18, 19 y 20 de julio.

El ambiente de puritanismo existente en el momento en que fué escrita esta novela obligó a Edgar Poe a destacar el horror del acto que describía. Estudiemos ahora un fragmento donde la libre expresión no está entorpecida por prejuicios del ambiente. Veamos un fragmento de "Hambre en la Noche", de John Flanagan: "Jack y Tom sa-



lieron. El gordo Flag los siguió arrastrando las naigas. Joan miró con sus ojos rojizos de huevo revuelto. Al amanecer volvieron. Jack traía su cigarrillo en una esquina de la boca; Tom traía un niño. Joan se tapó los ojos. Una hora después se acercó mordiendo como una gata. Le alcanzaron un plato.

Por que es realista este fragmento? Entre la expresión y el fondo, opto por el segundo. La utilización de una conducta posible, aunque repñida con nuestras costumbres actuales, como la antropofagia, es lo que da un fuerte tono realista al trozo transcripto.

Pero el primer libro especialmente dedicado al asunto es los "Cherubimische Blätter", de Friedrich Avenarius. En la edición confiscada en 1925 existía un capítulo en el que se fundamentaba el canibalismo. Con una honestidad intelectual que lo honra, Avenarius estudiaba el problema desde un punto de vista fisiológico. Su

demonstración puede resumirse así: dado un individuo que devora a otro, ¿qué sensación experimenta? Si lo hace en un momento de necesidad imperiosa no cabe duda de que cumple ciertas exigencias fisiológicas que permanecen fuera del dominio de la razón. Pues bien: todo cumplimiento de una necesidad supone un placer. Luego, en el momento que un hombre hambriento devora un niño, experimenta un placer semejante al que una persona muy hambriento puede sentir al devorar un pollo. Se trata de averiguar en qué consiste que este gusto no adquiera la normalidad de una costumbre. Simplemente, que cada vez que un hombre civilizado se ha visto en la obligación de devorar a un semejante, ha sido en circunstancias extraordinarias. Si la escasez de alimento hubiera persistido, no podemos aventurar sus consecuencias. Probablemente se hubiera hecho una costumbre tan regular y doméstica como la de comer Apple Pie.

Pero no se queda en esto Friedrich Avenarius. Es sabido que fué influenciado por Nietzsche. Su teoría es esta: la única forma de lograr el super hombre es volver a las antiguas prácticas de la antropofagia. Es inútil que transcribamos "in extenso" el capítulo. Nos bastará hacer un resumen. Sus argumentos se remontan a la mitología y a la historia. Los ciclopes, dice, se alimentaban de carne humana. Se discute si los judíos practicaban o no la institución. Hay un capítulo del Deuteronomio que arroja una luz sobre el problema. En él se amenaza a los judíos con la posibilidad de que tengan que comerse a sus hijos en caso de que no cumplan las sagradas leyes. La recta interpretación es esta — dice Friedrich Avenarius —: se amenaza a los judíos con algo que a ellos especialmente les era odioso: comer la carne de sus hijos; pero ¿por qué? Porque ellos no podían comer carne de cerdo, y no hay nada más parecido a la carne de cerdo que la carne de un judío, sea grande o mediano. Era pues una amenaza puramente particular. ¿Acaso se dice que deberán comer carne de canaños? No; porque esto no sería un horror sino un placer. Y la prueba el hecho de que el profeta Ezequiel, según sus comentarios, promete a los hebreos que si se portan bien en la lucha contra los persas podrán comer carne de caballo y de caballero.

Según Marco Polo — continúa Avenarius — los sacerdotes de Tartaria tenían derecho de comer carne humana. Los salvajes del Brasil se alimentaban de sus prisioneros y eran de una fuerza hercúlea. Y la razón fisiológica es muy simple. La civilización ha complicado los alimentos de una manera pernicioso para la salud; el estómago del hombre debe acostumbrarse a digerir cosas heterogéneas que hacen trabajar con exceso sus glándulas y terminan por enfermarnos. Mientras más complicada es una cocina, más se observa la decadencia de la raza. El dilema es bien claro: o decadencia de la antropofagia o decadencia de la raza.

Estos argumentos son en cierto modo confirmados por el doctor Keimádelos, de Atenas. Este médico no nos propone simplemente comer a nuestros hijos; pero formula una sutil teoría sobre el metabolismo. Dice que todo alimento es carne humana, que cualquier verdura se convierte en grasa y cualquier pollo en hígado. La conclusión es obvia: un simple rúmicante de economía fisiológica, nos aconseja devorar a nuestro primo Raúl.

Por cualquier lugar, pues, aparecen estudiosos de la antropofagia y si afinamos nuestro espíritu veremos en todas partes alusiones a esa gran institución antigua. No digamos esas manifestaciones que están al alcance de cualquier curioso, como el "te comería" de los enamorados, que si bien expresa un deseo sincero, resulta siempre desnaturalizado por sentimentalismos y bajos impulsos sexuales.

La antropofagia, se dice está en decadencia. Pero hay decadencias que honran y catástrofes gloriosas. Trasciende más poderosa sugestión la belleza crepuscular de una dama que ganó muchas batallas para el amor, que el indescribible, sonrosado y olvidable rostro de una adolescente. Y si no ¡qué es mejor! asistir al glorioso derrumbe del imperio británico o al florecimiento de una perdida república sudamericana? ¿El dominio de una invisible isla del Pacífico o el restringido derecho de un invisible ciudadano de París sobre el boulevard Poissonnière? Así la antropofagia está en decadencia; pero aquí y allá espíritus selectos guardan su fuego sagrado, espíritus que desoyen los mandatos del materialismo moderno, y ansían el retorno de una edad de oro. Ha llegado, pues, el momento de que revele el objeto de este artículo: la existencia del Club de los Antropófagos. Tuve ocasión de asistir a la cuarta reunión anual y las impresiones recibidas no son para escritas ni contadas. Qué tan apabullado por la lógica, la perfecta armonía y el espíritu filantrópico de sus integrantes, que durante mucho tiempo no pude sino entregarme de lleno a la admiración de las nuevas teorías, que escuché fundamentando ese viejo placer. No copiaré íntegramente el menú, que según pude comprobarlo, significaba un verdadero derecho de imaginación. Allí, junto a los platos livianos, austeros, a las meras fantasías culinarias, propias de una fértil imaginativa, brillaban el "Baby Leroy en Casserole", el "Petit Bonhomme en Aspic", el "Filet d'un amour de jeune fille" y las más audaces concepciones, para gustos muy estilizados, como esa "Demi-Vierge a la Bourgogne" que hubiera dado envidia al más rebuscado fisiólogo del gusto, y que constituían un esfuerzo ponderable, no sólo por su sabio y cuidado aderezo, sino por las dificultades de su adquisición, pues supongo que es más fácil acceder a tomar parte del festín como comensal que bajo la fragmentaria apariencia de "Hors d'oeuvre".

Voy a ofrecer al lector una muestra de esas teorías deslumbradoras en la forma del discurso pronunciado por el Presidente Lord L. Lo he reconstruido recordando sus frases principales, en vista de que el original fué reservado por el propio orador, con una modestia ejemplar.

Estoy persuadido que el lector no va a tener sino una mediocre prueba de su estilo, pues mis conocimientos literarios me

## Crúcese de Palabras

Por CRUZ DIABLO

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV
1														
II														
III														
IV														
V														
VI														
VII														
VIII														
IX														
X														
XI														
XII														
XIII														
XIV														
XV														

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en las listas), el orden de las palabras en cada columna. (La solución en el próximo número)

- VERTICALES**  
I — 1 En la nariz.  
II — 1 Tributario del Balkash.  
2 Camilla del Mihura, 3 Planta con parasol.  
III — 1 Nota, 2 Pista, 2 Primera conjugación.  
IV — 1 Sobre las olas, 2 Antes de tilde y de haca, 3 Entre gota y mar.  
V — 1 Lauréate, 2 Cincuenta, 3 Automático.  
VI — 1 Sustantivo tilinga, 2 Clase de papas.  
VII — 1 Preposición, 2 Tor, 3 Paño de ébano.  
VIII — 1 Paroicido al bisonte, 2 Jota, 3 Dinastía china.  
IX — 1 Uno, 2 Anasoreta, 3 Partícula negativa.  
X — 1 Mortificará 2 Mercilla.  
XI — 1 Acacia, 2 Piano, 3 En el pantalón.  
XII — 1 Nariz, 2 para crear, 3 Una vez al año.  
XIII — 1 Voz que repetida se utiliza para arullar a ciertos dioses de monta, 2 Compositor checo (1824-1884), 3 Orden.  
XIV — 1 Antigüedad acuá, 2 Intersección médica, 3 Antea postigo.
- HORIZONTALES**  
I — 1 Bienaventuranza budista, 2 Magnetizar.  
II — 1 Garufa griega, 2 A veces o 3 En Burges.  
III — 1 Buena, 2 Amigo de Lutero, 3 A o uno.  
IV — 1 Cero, 2 Seudónimo, 3 Regla.  
V — 1 Dios casero, 2 Planta violacea, 3 Rojo, negro amarillo.  
VI — 1 En Zaragoza, 2 Arbol del Senegal, 3 Intersección, 4 ... vió, vió.  
VII — 1 Medio tono más bajo, 2 En cometa, 3 Cirujá francés (1874-1750).  
VIII — 1 Castró, 2 Antigua ciudad y diastila, 3 Marco alemán, 4 Río en Guinea.  
IX — 1 Artículo, 2 Lepidóptero traanochadgrea, 3 Compasivo con los animales.  
X — 1 Aa, 2 En la claraboya del templo, 3 Radio.  
XI — 1 Sol egipcio, 2 Dicotiladónes, 3 Do.  
XII — 1 En el santuario, 2 Norte, 3 En Navarra.  
XIII — 1 Brillantes, 2 Hierbas ramosas.

I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV
1	L	E	G	U	M	I	N	I	V	O	R	O	S	
II	A	U	T	O	M	A	T	I	C	O	S	M		
III	B	E	R	I	F	A	B	A	L	A	S	S	O	
IV	R	U	T	L	O	R	I	T	A	S	T	E	N	
V	A	T	U	N	S	I	A	S	T	A	M	A		
VI	C	A	R	A	B	E	P	A	D	A	L	I	D	
VII	A	N	I	T	O	L	I	S	A	P	E	R	O	
VIII	D	A	S	I	A	S	O	I	L	E	G	A	L	
IX	A	S	M	A	S	A	T	N	O	M	O			
X	I	B	I	O	P	A	T	A	T	U	S	S	I	G
XI	I	R	A	T	E	N	A	C	E	R	O	S	I	
XII	A	S	E	D	E	N	T	A	R	I	O	S	A	
XIII	C	A	L	E	N	D	A	R	I	S	T	A	S	

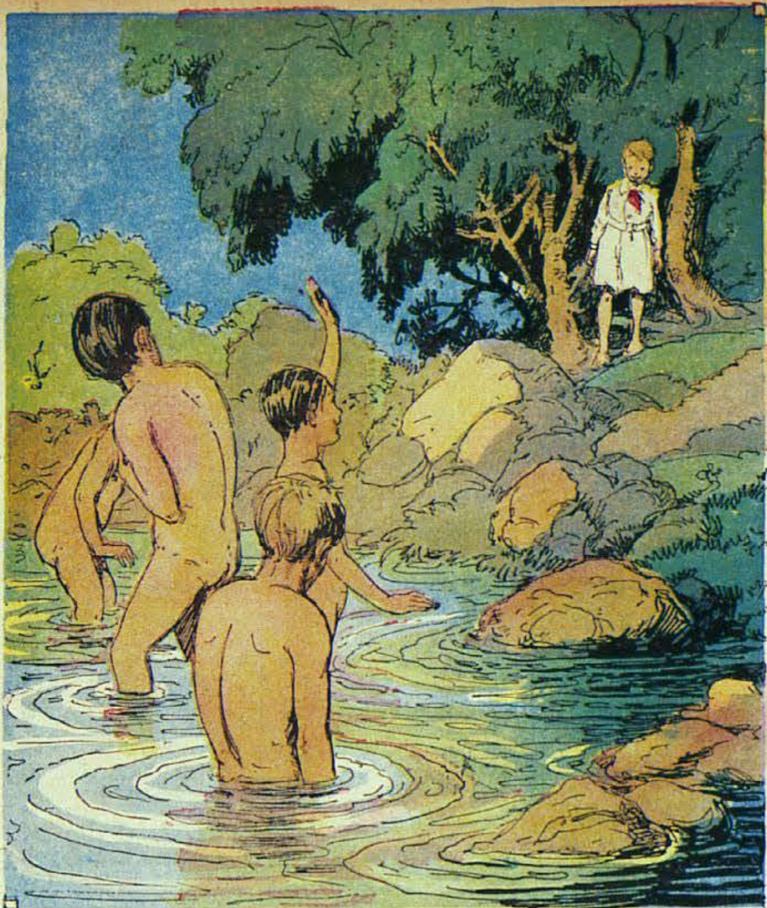
(SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR)

inhiben de aspirar a la reconstrucción perfecta de una pieza oratoria de tal calibre. Su justeza y su vuelo lírico (con algunos tirabuzones y "loopings" propios de la retórica simbólica) fueron tan arrebatadores y convincentes que yo, no entrando entre las palabras inglesas nada que expresara mis sentimientos, recurrí a mis viejas nociones escolares y comenté: "Ore rotundo", como diría Horacio. Escuchad el discurso:

"Supongamos, queridos consocios, que yo soy Simón Pedro y que veo el firmamento abierto y que un gran mantel descende a la tierra desde los cuatro rincones del cielo lleno de animales terrestres de todas clases y oigo una voz que me dice "mata y come" (Actas de los Apóstoles, Cap. X). ¡Deberé desoir ese mandato? ¡Deberé despreciar un plato exquisito cuando la casualidad me lo ofrece? ¡Deberé hacer una espiciosa distinción donde la ley no distingue? ¡Hablan acaso esas Actas de animales que no sean hombres? Además soy un creyente y no desoigo las palabras de San Pablo: "Lo que se come no es lo que nos hace gratos a Dios. No seremos mejores ni peores a sus ojos si comemos o si no comemos" (Epístolas a los Corintios). Ya es tiempo, queridos consocios, que lancemos a los cuatro vientos el grito de liberación. La cobardía y la superstición han conspirado hasta hoy contra nuestras costumbres. Sabido es que los Bramanes fueron los primeros que impusieron la ley de no comer ningún animal, pues creían, y lo ha dicho un gran filósofo, que las almas pasaban y volvían a pasar desde los cuerpos humanos a los de las bestias y no querían exponerse a comer a sus parientes.

Pero la cobardía ha producido mayores males. Digo y afirmo que los hombres comen corderos y pollos por cobardía. Se aprovechan de que estos animales no pueden manifestar su opinión en contra. Pero si los corderos y los pollos pudieran ser escuchados antes del correspondiente asador, los hombres dirían que es inhumano comerlos. ¡Rompanos con estas cobardes costumbres! ¡Comamos niños si nos gusta! Y no olvidemos las necesidades vitales, después de los argumentos teóricos. Yo tengo hambre, un hambre ancestral. Lo trato de engañar con verduras, con pollos; pero el hambre me contesta un dubitativo "¡Oh, yes!". Ahora ya sabes, lector, lo que hizo el caballero aristocrático con el joven delgado y pálido que caminaba con ritmo y movía el morbido cuello con gracia: Se lo llevó, lo engañó y se lo comió.





# LA EVASION

**C**ARLOS Pérez era hijo de la cocinera de una casa rica, que vivía a orillas del río en aquellos duros años de una ciudad de provincia. Apenas aprendió a caminar, su madre lo dejaba solo. En cuanto su altura le permitió distinguir una claridad encantada que era como otro cielo, hubo de sentirse atraído por ella. Y así se le fué acercando, cierto día, hiriéndose los pisecitos todavía torpes en las tosquitas que erizaban la barranca. Aquella mañana le costó una copiosa sangría que le empujó a la carita. Pero, ¡qué maravilla! Aquella cosa azul que parecía tan lejana, ¡cerca ahora de él! Y esas cosas deliciosas de las cuales había una sobreabundancia, duplicadas aquí en una vaguedad temblorosa.

Una vecina alcanzó a verlo sobre la barranca que casi caía a pico, y le alzó presto del peligro llevándose a su rancho hasta que volviere la madre, con gran escándalo del barrio metlico y sucio que juzgó a la mujer una perfecta heroína. No en balde la criatura vio aquello. No le divertía ya la vista de los animales que en larga fila, afanosa y ondulante, portaban hojas frías de hierba que temblaban a una brisa imperceptible. Y habian perdido ya gusto para el de la golosina habitual de la tierra que le tenía siempre con la boca locosa, y el ruido de un tarro golpeado solenemente con un palo. Nada, nada. Aquella claridad tan cerca de él, de la misma claridad de la que se combaba allí arriba, lejos, y todavía estremecida de transparente sombras con aquello maravilloso que se inflaba y se desinflaba morosamente, en fantasmas moradas. ¡Vra lo que le atraía. ¡Cómo satisfacer su deseo? Llegó a saber cual era la hora propicia. Al mediodía, una mujer venía y lo llevaba a almorzar a su casa, situada a pocos pasos de allí. Después jugaba un rato con los chicos. Observó que todo el barrio onces se quedaba silencioso. No se veía a nadie fuera de las oxidadas latas que servían de vivienda. Sus amigos más grandes se iban quien sabe dónde. Silencioso, él, entonces, se encaminaba a su casa, y de ahí a la barranca. Miraba, miraba. Resbalando e hiriéndose las manos, Alargaba su manita. Tocaba aquello. ¡Oh, él conocía ese ruido! Pero él tenía el poder de hacer ondular esa cosa misteriosa que tenía a sus pies otra criatura que se alargaba y se contraía a su voluntad. El juego le embriagaba. Golpeaba tan ligero el agua que el reflejo se arrugaba en pliegues numerosísimos y la figura resultaba de un perfecto grotesco con la máscara cínica y pueril desgarrada por una mueca elástica de risa.

Así transcurrieron los primeros tiempos de Carlos. Su madre murio temiendo el cumplimiento de los cuatro. Una señora elegantísima, la misma noche en que aquélla, asombradamente quieta, estaba dormida en un cajón al fulgor de unas velas y entre algunas flores, llevólo a su casa en un coche espléndido que fué todo un deslumbramiento para él. Aquello corría suave y sin casi ruido, encendiendo al camino de un lampo sarco que oscilaba de vez en vez. ¡Oh, la molición de la cama aquella noche! ¡La caricia de las sábanas suaves! ¡La blandura del colchón, la tibieza del abrigo! Y el escalofrío de piel al otro día en el baño. Lo que no le pareció simpático fueron las mordeduras de un instru-

mento diabólico que un señor muy conversador y limpio manipuló sobre su cabecita. Resultó una criatura casi blanca y de hermosos ojos que no se despejaban de las zapaticas flamantes. Pero la señora empezó a demostrar celos furiosos de la puerilidad del guardapolvo y de la integridad de las medias cada vez que lo veía en trance de jugar solo a las bolitas sobre el mosaico espejeante. El, humilde, se avino a deambular melancólico a través de los corredores encristalados. Ni un pedazo de tierra desnuda en aquella casa, y no podese agachar siquiera, ni tampoco correr a pesar de lo resbaladizo del piso! La señora cuidaba de la tranquilidad de su marido, un viejo empleado neurasténico y gruñón. No le eran asimismo permitidas las salidas a la vereda porque había "demasiado muchacho bandido en la calle". Eso sí, su ropa y su calzado eran cada vez de la mejor calidad. Le llevaban a la plaza los días de retreta, trajeado con los más finos paños y calzado con las más flexibles pieles, pero debía marchar adelante con paso casi militar, sin desviarse un ápice de la trayectoria que el matrimonio indicaba. Lo que importaba entonces era el paquetito de caramelos inicial con sus promesas de agrídules consuelos gustativos. ¡Con qué envidia miraba a los chicos que pasaban como saetas entre el gentío jugando "a los comisarios"!

Una tarde lluviosa la sirvienta lo llevó al cine. Vió agua, mucha agua: el mar. Vió arboledas. Y gentes que se movían en aquel ambiente libre. Vino triste. Se sentía como asfixiado. Los paseos en auto con la señora, "su segunda madre", lo entristecían. No era ya para él el placer rodar en el coche muelle al crepúsculo, el interior iluminado. Apenas si una vez le fué dado entrever a través de la polvareda vespertina las arboledas huyentes y dislocadas, desde una de las avenidas suburbanas.

Aquella prisión encristalada y limpia empezaba a causarle horror. ¡Qué le importaban a él las ropas aseadas y finas, si sentía unas ganas locas de revolcarse en el pasto, de jugar con otros chicos entre la arena, sobre la tierra desnuda, tan deliciosa? Una mañana frágil con escalofríos ya otoñales, la criada le invitó, aprovechando el sueño de la señora a subir a su habitación, emplazada sobre el techo de la casa.

El fino aire le besó la carita, le besó los ojos. Vió desde lo alto la mañana grande, verde y azul, temblorosa aun de un brillo húmedo. El río celeste, el horizonte boscoso. El río, el río... A eso de las cuatro de la tarde venía el panadero con los bizcochos rituales. Cuando el portón, por descuido, estaba cerrado, solía él salir con la sirvienta a recibirlo. Aquella vez ocurrió tal. La mujer se fué adentro con la canasta. El repartidor hacía un recuento, vuelto de espaldas. Fuése, entonces, despacio y como alado, hasta la esquina. Corrió dos o tres cuadras. Luego, con la mayor naturalidad, enfiló hacia los

alrededores. La calle se perdía en el campo. Una alegría radiante, melodiosa, de pajaro, le hizo de improviso silbar.

Había llovido dos o tres días antes. Y la calle suburbana por la cual iba, con una cañadita en el centro, tenía una gracia enteramente agreste con las pequeñas barrancas que seguían las inflexiones del agua. Unos chicos, metidos hasta la rodilla en ésta, jugaban a los barcos, profundamente maravillados del encanto lento con que las embarcaciones eran impulsadas por la brisa sutil. Helo aquí sumado al infantil grupo extasiado. ¡Contacto delicioso del lecho áspero y del agua tibial! Una casi revelación táctil. Recuerdos vagos se mezclaban en sus sensaciones. Salió del pequeño arroyo y siguió caminando descalzo, los zapatos y medias metidos en los bolsillos del guardapolvo. Trababa casi un nuevo conocimiento con la dulce tierra, con las piedrecitas, con los pastos. Un potrerito todo iluminado de flores lo detuvo un momento. ¡Qué varios matices! Resultaría llena de pintas delicaditas. Saltó como un galgo unas cañaditas. Bajó y subió barrancos ásperos que denunciaban la proximidad del río. Se encontró frente a un pradito que ondulaba en un terciopelo del verde más tierno hasta la suave barranca de aquel. Se tiró al suelo y dió unas cuantas vueltas. Unas criaturas que se habían haciendo gran escándalo de agua y de risas, le vieron y le miraron a coro burlesco. No les hizo caso y se les aproximó, sentándose en la barranca. Miró el cielo. Se iba acercando. Arboles en la orilla opuesta, sauces grandes que le hacían señas amables con sus ramas altas que daban al agua... ¡Qué lindo sería subirse a una de ellas para mirar toda la isla y los campos lejanos! Arboles libres que le atraían como a un pájaro.

—Vamos a bañarnos, che — le invitaron los chicos.

No necesitó que se lo repitiesen. En un santiamén estuvo desnudo. Y avanzó con el agua a la cintura hasta casi la mitad del río. Hacia la cabeza en el agua resplandeciente. Sentía en las venas una delicia vegetal. Palmoteaba. Empezaba tenderse y el agua lo soliviantaba con una voluptuosidad que casi le hacía desmayar. Los otros chicos jugaban a asustarlo, zambullendo y trabándole las piernas. ¡Cosa extraña! No sentía miedo. Se sentía en el agua como en algo maternal. La ternura que le faltó aquí le lamía, quería como acunarlo en un mecimiento fresco y profundo en que parecía por momentos sentir como despos de hundirse atraído por quién sabe qué voces misteriosas.

De improviso el agua se encendió en escamas matizadas. Tenía al alcance de las manos, cerca de los ojos, sedas, velos, gasas, como sólo debían verse en el paraíso de que le había hablado la señora. A un gesto suyo aquello se abría en círculos que ondulaban rojos vivos, rosas desvanecidas, lilas, verdes pálidos. Despacio se había ido hasta más allá de la mitad del río. Estaba solo ahora. El agua le daba casi al cuello. Perdió pie. Un pozo probablemente. Desesperación. Se sintió levantado... Sus escapadas de la siesta al río. Su madre dormida entre cuatro velas. Un auto que corría en la noche. Su vida presa entre cristales escarchados. Su huida. Voluptuosidad de los pies fugitivos y descalzos. Las flores del potrerito...

**JA, JA... ¡CÓMO SE ENOJARÍA LA REINA SI SUPIERA QUE ERA OOLA LA QUE APPROJÓ UNA PIEDRA A LA CABEZA DE LA HIJA DEL REY!**

**¡OH!.. OOLA! ¿CÓMO TE VA?**

**SENORITA OOLA, PARA USTED, SENOR PELOPONESO.**

**¡GALLETAS PARA UNO!**

**ME LLEVAS A LA SECCION VERMUT?**

**VAMOS A UNA BOITE**

**VOY A PEDIRLE UN CONSEJO A FOOZY.**

**BUENOS DIAS, REINA. ¿CÓMO ESTAN LOS ENFERMOS?**

**BASTANTE BIEN.**

**QUERIDITA HIJA, TU NOVIO VIENE A VERTE.**

**OH, PELOPONESO! ME ALEGRO QUE LA PIEDRA NO CAYERA EN TU CABEZA, SINO EN LA MIA.**

**¿DÓNDE ESTÁ FOOZY?**

**VOY A VERLO.**

**ESTA CON EL HECHICERO.**

**¿POR QUÉ NO LO LLEVARAN A UN SANATORIO MODERNO?**

**¿QUÉ PASA?**

**DESPIÉRTATE Y ANDA.**

**LE ESTA APLICANDO UN NUEVO METODO DE CURACION.**

**VAMOS A LA BATALLA DE LOS OJOS.**

**ANDATE AL INFIERNO GRAN DISIMO IDIOTA**

**TONG**

**JA, JA... ¡CÓMO CORRE!**

**¡MALDICIÓN!**

**LE VOY A DAR UN BUEN GOLPE.**

**BAM**

**¿QUÉ PÉS MATAR A MI GRAN AMIGO FOOZY?**

**AHORA TE VOY A ROMPER EL ALMA**

**LLEGÓ TU ÚLTIMO MOMENTO!**

**¡HOLA, PELOPONESO! ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?**

**¿VES? ESTÁ CURADO. ¿POR QUÉ QUERÉS MATARME?**

POR  
**JUAN L. ORTIZ**  
Ilustración de Rojas